

BOLSALIBROS BOLIGUERA

PUNTO

ROJO

MORIR
EN ITALIA

Adam Surray



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



ADAM SURRAY

**MORIR
EN ITALIA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 839
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 9.988 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1978

© Adam Surray - 1978

texto

© Rafael Cortiella - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.437 — El muerto no tiene coartada.

En Colección SALVAJE TEXAS:

878 — El último de los Mac Clure.

En Colección KANSAS:

769 — Los vividores.

En Colección PUNTO ROJO:

792 — Los hijos del Averno.

En Colección COLORADO:

829 — Un caballo, un «Colt» y una mujer.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

285 — Erase una vez un pistolero.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

340 — El tahúr del Mississippi.

CAPÍTULO PRIMERO

El *whisky* era pésimo.

Al igual que el espectáculo.

Ciertamente, la mujer no ponía mucho entusiasmo. Se retorció con aparente sensualidad, pero más bien parecía sufrir del estómago. Su sonrisa era una mueca. En los ojos, cansancio. O tal vez desprecio hacia las lascivas miradas que devoraban su cuerpo.

Introdujo los pulgares bajo el diminuto pantaloncito negro. Lo deslizó, ayudada por un ondular de caderas. La prenda se fue enroscando hasta caer, cercando los tobillos.

La mujer hizo un movimiento con el pie izquierdo.

La prenda íntima fue hacia las mesas, siendo, disputada por dos clientes que, ávidamente, se lanzaron sobre ella.

El foco centrado sobre la pista se eclipsó.

Se iluminaron las mortecinas luces del local.

La mujer cubría ahora su desnudez con una descolorida capa roja. Correspondió con indiferencia a los aplausos del respetable para, acto seguido, desaparecer hacia los vestuarios.

La orquesta, formada por cuatro aburridos individuos, reanudó su repertorio de baile.

Varias parejas saltaron a la pista.

Consulté la esfera del reloj.

Diez horas y ocho minutos.

«Si quiere ganar veinticinco mil dólares, acuda a las diez al Zoska».

Ésa fue la nota que encontré bajo la puerta de mi apartamento. Y allí estaba.

En el Zoska.

Como un imbécil.

¿Quién iba a soltar veinticinco mil dólares a un fulano como yo?
Nadie.

Ni Santa Claus, en plena borrachera.

Terminé el *whisky* de un solo trago, optando por consumir en Zoska el último cigarrillo. Mentalmente, dediqué una maldición al hijo de perra autor de la broma.

Veinticinco mil dólares a Paul Wallach.

Sí.

Tenía gracia.

Pasé el tiempo observando a la clientela del Zoska. Un club miserable, del aún más miserable barrio Scott. Con un hedor aún más desagradable que el procedente de los *stock yards*.

La clientela...

Hombres de traje gris. De rostro gris. De vida gris...

Fracasados.

Al igual que yo.

—Su cuenta, señor.

El empleado del local giró, sin darme tiempo a reaccionar. Sobre la mesa dejó unas monedas y la nota de consumición; pero yo aún no había abonado nada.

Fue entonces cuando me percaté de lo escrito en la cuenta.

Sólo dos palabras:

«Reservado siete».

Me incorporé, aplastando el cigarrillo en el cenicero. En un alarde de generosidad, no recogí las monedas.

Los reservados estaban en la planta superior.

Llegué ante la puerta señalizada con el número siete. Hice girar el pomo, sin molestarme en llamar.

La estancia era reducida. Al igual que el mobiliario. Un sofá y una mesa. ¿Para qué más?

Entorné los ojos.

El hombre que me sonreía acomodado en el sofá era...

—Adelante, Wallach. Tome asiento. Disculpe que le haya hecho esperar unos minutos.

Sobre la mesa, una botella de *whisky* y dos vasos. Uno de ellos vacío.

—*Whisky*, ¿verdad, Wallach?

—Sí, gracias.

—Siéntese, por favor. ¿Me conoce, Wallach?

Sonreí.

Fríamente.

Todo Chicago conoce a Woody Ross. Uno de sus hijos ilustres. Fundador de la Ross Company, la primera empresa de maquinaria agrícola de Illinois. Con sucursales en las principales ciudades de los EE. UU.

A sus cincuenta y cinco años mantenía un saludable aspecto. Rostro sonrosado y feliz. Reflejo de comer todos los días caliente. Sin esforzarse en trabajar. El traje era de excelente corte. Sus dedos, gruesos como morcillas, adornados de sortijas valiosas.

—No le he olvidado, Ross —respondí, dejándome caer en el sofá—. Fue hace unos... seis años, ¿no?

—Correcto. Usted acababa de ingresar como simple agente de la Metropolitan Pólice. De patrulla por las calles de Chicago, descubrió a dos hombres que sospechosamente salían por la puerta trasera de uno de mis comercios. Frustró el robo, aunque no lograra atrapar a los asaltantes. Quise recompensarle con cien dólares y rechazó...

—Oiga, Ross. ¿A qué viene esta comedia? Aquellos dos fulanos estaban a sus órdenes. Y sacaban «mercancía» de un comercio para pasarla a los distribuidores. Creo recordar que por aquel entonces la heroína era su especialidad.

Woody Ross esbozó una sonrisa.

—Su compañero de patrulla no dijo eso en el informe.

—Mi compañero sí aceptó sus cochinos dólares. De ahí que redactara el informe a su gusto. Yo di mi versión, aunque no sirvió de nada. Sólo para ganarme la enemistad del resto de mis compañeros.

—Usted era novato... y honrado.

—Idiota es la palabra más adecuada, Ross. La mayoría se dejaba sobornar, y yo luchaba contra corriente. Pugnando por demostrar su tráfico ilegal de drogas, su vinculación con la Mafia...

—Mis tratos con la Mafia cesaron hace ya mucho tiempo, Wallach. No niego haber colaborado con la organización. Al igual que todos. ¿Qué personaje importante de los Estados Unidos no está relacionado con la Mafia? Hay que ser realista, Wallach. Ahora

estoy totalmente dentro de la ley. Aquella época ya terminó para mí. La Ross Company es una de las industrias más importantes de Illinois. No necesito arriesgarme con negocios ilegales.

—Felicidades.

Woody Ross extrajo una pitillera de oro del bolsillo interior de la chaqueta. Me ofreció uno de los cigarrillos turcos.

—A usted no le ha ido muy bien, Wallach. Seguí su trayectoria. Me interesó el policía que se permitía despreciar cien dólares. Pasó al Departamento de Homicidios e incluso llegó a sargento. Los periódicos empezaron a criticar los violentos métodos del sargento Wallach. Sin ver que al sargento Wallach se le encomendaban los trabajos más sucios.

—No necesita recordarme...

—Permítame, Wallach. Quiero hacer un poco de historia. Fue hace un par de años cuando le expulsaron del Cuerpo, ¿no es cierto? A rafe del caso Sumter. El secuestro de la pequeña Dorothy Sumter. Un sospechoso, un tal Gary Salkow, estaba siendo interrogado. El sargento Wallach se comprometió a hacerle confesar. Y el fulano habló. Se consiguió salvar a la pequeña Dorothy. Había sido violada, pero estaba con vida. Gary Salkow no tuvo igual suerte. Su «tercer grado» le envió al Más Allá.

Inspiré con fuerza.

Encontré el *whisky* amargo.

Al igual que el aromático cigarrillo turco.

—¿Ya ha terminado?

Woody Ross pareció ignorar mi pregunta.

El muy bastardo siguió con los trapos sucios:

—Expulsado de la Policía con deshonor. Se quiso echar tierra al asunto, afirmando que Gary Salkow sufrió una caída mortal por la escalera. Paul Wallach decide entonces sacar una licencia de detective privado. Ejerce durante un par de años. Hasta que le retiraron la licencia. Fue hace unos meses, ¿verdad, Wallach?

—Ahá.

Woody Ross chascó la lengua.

Me contempló casi con lástima.

—También me interesó su trayectoria como investigador privado. En estos dos años hizo buenos trabajos, aunque poco lucrativos. Sigue con el vicio de la honradez, Wallach.

Empezaba a irritarme.

Depositó el vaso de *whisky* en la mesa.

Woody Ross pareció leer mi intención de abandonar el reservado, pues de inmediato me tendió un rectangular envoltorio.

Lo abrió.

Los ojos casi se me salen de las órbitas.

Codiciano aquellos fajos de dinero.

—Cincuenta mil dólares, Wallach. Una pequeña fortuna. Son suyos, si acepta un trabajo. Nada ilegal. Todo lo contrario. Se trata de capturar a un ladrón y recuperar el botín.

—Explíquese.

—Ignoro si habrá oído hablar de mi mujer, Wallach. Ocupa con frecuencia la portada de las publicaciones femeninas. Le entusiasman las joyas y, dado que son una buena inversión, yo procuro complacerla. Hace más de diez años adquirí las joyas de Shichadjis. Un estuche conteniendo una diadema, un collar y los pendientes. En perfectos brillantes. Por un valor, sin contar el artístico, superior al medio millón de dólares. Me han robado las joyas de Shichadjis. De la caja fuerte secreta de mi *bungalow*. La autora del robo fue una de las doncellas de mi mujer. Su nombre es Janet Potts.

—La policía dará con ella.

—No he denunciado el robo a la policía, Wallach.

—¿Por qué?

—Janet Potts está ahora fuera de los Estados Unidos. A primeras horas de la mañana de hoy descubrí el robo. Demasiado tarde. Janet Potts salió en un vuelo «charter» nocturno, hacia Italia. Concretamente, con destino a Roma.

—La Interpol...

Woody Ross me interrumpió.

Con vehemencia.

—¡No quiero que intervenga la policía! ¡Ni tan siquiera la Interpol!... Oiga, Wallach... Le seré sincero. Esas joyas pertenecen a determinada familia de la nobleza inglesa. La operación de compra se realizó con la máxima discreción, comprometiéndome a que jamás se lucirían en público ni se daría publicidad a la adquisición. De ahí que las custodiara en la caja fuerte privada. Son unas joyas de leyenda. Incluso el estuche que las protege es de incalculable

valor. Quiero recuperar ambos, Wallach. Joyas y estuche.

Sonreí.

Con sarcasmo.

—Voy a cumplir los treinta y dos años, Ross. No son muchos, aunque sí plagados de estupidez. No pienso cometer más tonterías. He escarmentado. Ignoro su plan, pero busque otro hombre de paja.

—No le comprendo...

—¿De veras? Empecemos por el principio. ¿Por qué yo? ¿Por qué me ha seleccionado para el trabajo?

—Conozco sus cualidades.

—Y también sabe que me retiraron la licencia.

—Janet Potts se largó a Italia. Usted no actuará en Illinois ni en ningún otro lugar de los Estados Unidos; aunque dudo que llegará a inquietarle. No es mi intención perjudicarlo.

—Correcto... ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué tanto misterio? Pudo citarme en sus oficinas, en su *bungalow*...

—Creí que desearía pasar inadvertido. Tampoco yo quiero que trascienda el que trabaja para mí. Éste es un caso... privado. Tengo amigos muy celosos, que inventarían hipótesis de nuestra conversación. Dudarían de la verdad.

—Al igual que yo.

Woody Ross empezó a impacientarse.

Descubrí su; frente perlada de diminutas gotas de sudor.

—Janet Potts robó el estuche con las joyas de Shichadjis. Puedo mostrarle el documento secreto que certifica mi propiedad de las joyas. ¡No hay nada turbio! Cincuenta mil dólares, Wallach. Ésa será su recompensa si me entrega el estuche y las joyas. Al margen de sus honorarios y los gastos que origine su investigación. Sin reparar en nada. ¿Por qué duda?

¿Dudar?

No, maldita sea.

No podía permitirme el rechazar semejante oferta. Sin escrúpulos. ¿Trabajar para el mañoso Woody Ross? ¡Aunque fuera para el mismísimo Satanás!

Desde un principio había decidido aceptar el trabajo, pero quería sonsacar la parte oculta de la historia.

Todo parecía limpio.

Demasiado, en un individuo como Woody Ross.

—De acuerdo, Ross.

—Magnífico, muchacho. Confío en usted. No lo olvide... Quiero las joyas y el estuche. Sólo así recibirá los cincuenta mil dólares. En el estuche está grabado, en oro, el escudo de la dinastía de los Shichadjis. Su valor de leyenda se puede equiparar al material de las joyas.

—¿No hay ninguna duda sobre la culpabilidad de Janet Potts?

—Ninguna.

—Si consigo recuperar las joyas... ¿qué hago con Janet Potts?

—Nada. No quiero publicidad de ningún tipo, Wallach. Sólo me interesa lo robado. Ninguna denuncia sobre Janet Potts.

—Me sorprende su bondad.

Woody Ross entornó los ojos.

Acusando mi sarcasmo.

—Hay otro punto, Wallach. No viajaré solo a Italia. Le acompañará mi secretaria, Kathryn Curtis. Es la única que está al corriente de la desaparición de las joyas. Ella me mantendrá informado de sus investigaciones.

Ross se incorporó.

Dando por terminada la entrevista.

Empujó hacia mí diez mil dólares, guardando el resto.

—Para los primeros gastos, Wallach. Si necesita más le será proporcionado por mi secretaria.

—Quisiera hacerle algunas preguntas, relacionadas con Janet Potts. No puedo empezar sin...

Woody Ross me interrumpió con un ademán.

—Kathryn Curtis tiene un apartamento en el 1223 de Leigh Street. Ella contestará a todas sus preguntas. Puede ir ahora, Wallach. Le espera. Es importante que no demoren el viaje a Italia. Buena suerte.

Ross abandonó el reservado.

Me recliné en el sofá, encendiendo un cigarrillo.

Lo único que me gustaba del caso eran los diez mil dólares depositados sobre la mesa.

CAPÍTULO II

Dos.

Ya eran dos las cosas que me gustaban.

Kathryn Curtis.

¿Veinte años? ¿Veintidós? De seguro no había alcanzado los veinticuatro. Su rostro era perfecto. Modélico para un artista de la antigua Grecia. Los ojos, verdes y rasgados, la nariz corta, pómulos levemente salientes, los labios... aquellos labios merecieron toda mi atención. Unos labios carnosos, gordezuelos, húmedos, sensuales...

La muchacha lucía un pantalón corto y una blusa anudada bajo el busto. Su cintura al descubierto. Cimbreada. De bronceada piel. Con un ombligo delicioso. La tela presionaba los breves senos, modelándolos provocativamente.

—¿No quiere pasar, señor Wallach?

Reaccioné, correspondiendo a su sonrisa.

—Gracias. Soy consciente de lo poco oportuna de mi visita.

—En absoluto. Le esperaba —Kathryn Curtis se hizo a un lado, permitiendo mi entrada en el apartamento. Pasamos al salón contiguo—. El señor Ross me informó de que iba a contratarle. No dudé de que aceptaría el trabajo.

—¿Por qué esa seguridad?

Kathryn me contempló fijamente.

Sus labios volvieron a dibujar una sonrisa.

—El señor Ross es muy... persuasivo. ¿Ya ha cenado, Wallach?

—Sí.

—¿Un *whisky*?

—Sin hielo ni soda.

Kathryn Curtis se encaminó al mostrador-bar, a juego con el magnífico mobiliario del salón.

Tomé asiento en el sofá-rinconera que ocupaba uno de los ángulos de la espaciosa estancia.

La joven me ofreció el vaso.

Sobre la mesa, al alcance de mi mano, dejó la botella de *whisky*.

Los ojos femeninos me estudiaron.

Inquisitivos.

—No creí que el mejor detective de Illinois fuera tan joven... y atractivo.

Sonreí.

A la chica le gustaba hacer falsos cumplidos.

No era ningún viejo, aunque cada uno de mis treinta y dos años estaba amargamente cargado. Lo de atractivo... Eso sí admitía justa discusión. Tengo el rostro Casi cuadrado. Como tallado a martillazos, y quedando la obra incompleta. En mi época de patrullero un *grug-men*[1] aplastó su puño derecho, complementado con unos nudillos de acero, contra mi nariz. Desde entonces, la tengo algo desfigurada.

No, diablos...

No soy atractivo.

Tampoco inspiro confianza. La sonrisa de mis labios siempre es desmentida por la frialdad reflejada en mi mirada. Y lo lamento. Me gustaría sonreír abiertamente, pero hasta la fecha no he encontrado motivo alguno de alegría. Lo mío es una mueca.

—No me considero el mejor detective ni...

—Lo es —interrumpió Kathryn—. El señor Ross siempre contrata al mejor.

—¿Desde cuándo trabaja para Woody Ross?

—Llevo en la Ross Company unos cuatro años. Hace seis meses pasé a ser una de las secretarías particulares de Woody Ross.

—¿Cuántas tiene?

Kathryn rió, divertida, al percatarse de mi estupor.

—Ocho. Cada una de nosotras, especializada en determinado trabajo. Yo me ocupo de los asuntos privados de la familia Ross.

—¿Por qué acepta desplazarse conmigo hasta Italia?

—Órdenes del señor Ross. No me desagrada. Siempre será más interesante que mi rutinario trabajo de secretaria.

—Dudo que trabajar para Woody resulte rutinario.

Kathryn Curtis mantuvo mi mirada.

Fijamente.

Ignoro si comprendió el alcance de mis palabras, pero prefirió

no formular comentario alguno.

Hábilmente, me hizo volver a su terreno.

—Sé que a usted no le agrada llevar compañía.

—Mi nombre es Paul. Si vamos a realizar un largo viaje juntos, olvidemos los cumplidos. ¿De acuerdo?

—Muy bien, Paul. Prometo no entorpecer su trabajo. El señor Ross cree que puedo ayudarle en sus investigaciones y...

Aquello sí me hizo gracia.

—No, Kathryn, no... Woody Ross teme que me quede con las joyas de Shichadjis. Tú le irás informando telefónicamente de todos mis pasos, el avance de mis pesquisas, el modo de llevarlas...

—Te equivocas.

—No tiene importancia. Prefiero tu compañía a la de uno de los gorilas de Woody Ross.

—Hablas del señor Ross como si fuera un *gánster*.

Clavé mis ojos en Kathryn.

En penetrante mirada.

¿Se burlaba de mí o era idiota?

De todos era conocido que Woody Ross trabajó para la Mafia. Y el que entra en la Organización, ya no puede abandonarla. Sólo se sale con los pies por delante.

Aunque a mi aquello me tenía sin cuidado.

Ya no me importaban las actividades de Woody Ross.

¡Al diablo con todos!

—Bien, Kathryn. Empecemos. Háblame de Janet Potts.

La muchacha se incorporó para coger una carpeta roja, del revistero acoplado bajo el televisor.

Retornó a mi lado.

Abrió la carpeta.

—Ésta es Janet Potts. Veintiocho años de edad. Nacida en Tonopah, Nevada. No tiene familia. Ingresó como doncella de la señora Ross, hace dos años. Sus referencias eran intachables. Fueron escrupulosamente comprobadas.

Eran dos las fotografías de Janet Potts.

Una de cuerpo entero y la otra enfocando su rostro.

Una mujer poco atractiva. Ojos saltones, frente muy despejada, nariz ganchuda... Su cuerpo no despertaría pasión ni en un naufrago.

—Las joyas de Shichadjis estaban en la caja fuerte secreta del *bungalow* de los Ross. ¿Cómo logró Janet apoderarse de ellas?

—Lo ignoro, Paul. Fue el señor Ross quien descubrió, hoy, el robo. Puede que Janet, espiando a Woody Ross, llegara a mentalizar la combinación y el emplazamiento de la caja secreta.

—¿No pudo ser un descuido de la señora Ross?

—La señora Ross desconoce la combinación de la caja. Sólo Woody Ross la maneja. Allí guarda sus documentos privados. Las joyas de Shichadjis, como ya sabes, son algo secreto.

Vacíé el vaso de *whisky*.

Moví la cabeza de un lado a otro, chasqueando la lengua.

—No comprendo cómo se puede gastar una fortuna en joyas que jamás se van a lucir.

—Es normal entre los poderosos, Paul. Hay quien se gasta un millón de dólares en una pintura, que jamás saldrá de una habitación, en un sello, que permanecerá guardado en un álbum...

—Sí, tienes razón... Los poderosos pueden permitirse esos lujos. ¿Dejó Janet algo de interés en su habitación? ¿Algo que nos sirva de ayuda?

—Nada. Ropa tan solo. Se llevó únicamente sus objetos personales más ligeros.

—¿Cuánto dinero de la caja fuerte?

—Ni un solo dólar. Sólo las joyas. El señor Ross no guardaba dinero en el *bungalow*.

—¿Tenía Janet Potts algún amigo íntimo?

—No. Al menos, eso afirman las otras doncellas. No tenía mucho éxito con los hombres. Sus días de permiso se dedicaba a escribir poesías y oír música clásica en su habitación. Preferentemente, ópera italiana. Desde que el año pasado, en su período de vacaciones, visitó Italia, se entusiasmó del país.

Entorné los ojos.

Aquello era interesante.

—Creí que Janet tomó el primer vuelo con plaza disponible. Tokio, México, Río, Madrid... Poco importaba, con tal de abandonar cuanto antes los Estados Unidos.

—Tenía plaza reservada en ese vuelo «charter» nocturno, desde hacía una semana. Esperó a la víspera del viaje para cometer el robo.

—Italia... ¿por qué precisamente Italia?

—Ya te he dicho que quedó entusiasmada en su...

—Tiene que haber algo más. Quiero que me informes de la fecha exacta en que tomó Janet sus vacaciones, el pasado año.

—Salió de Chicago el ocho de agosto.

—¿Seguro?

—Totalmente. Yo hago ahora las nóminas y pagos del servicio doméstico de los Ross, y estoy al corriente de esos detalles. ¿Por qué das tanta importancia al día de salida?

Ignoré la pregunta de Kathryn.

No acostumbro a aventurar hipótesis.

—Son éstas las joyas, ¿no? —contemplé unas fotografías en color.

—Sí, Paul.

—¿Quién tomó las fotografías?

—Son arrancadas de un catálogo de joyas. Especializado en piezas de museo o pertenecientes a aristocráticas familias. Generalmente, no en venta. Un catálogo clasificador de las piezas más importantes del mundo. El señor Ross, ni tan siquiera se atrevió a fotografiarlas.

—¿Qué es esto, Kathryn?

—El señor Ross me ordenó que te lo mostrara. Es una fotocopia del documento privado de compra de las joyas Shichadjis. Debidamente firmado y legalizado.

No me digné a leerlo.

Woody Ross, consciente de su reputación, quería demostrarme que el trabajo encomendado era honrado.

No debió molestarse.

Últimamente, ya no soy tan escrupuloso.

—¿Cuándo podemos salir para Italia, Kathryn?

—De Chicago no tenemos vuelo próximo, pero sí desde Nueva York. Mañana mismo sale un vuelo Nueva York-Roma.

Esperan mi confirmación parí la reserva de los pasajes.

Me incorporé del sofá.

—Perfecto. Dudo que Janet haya tenido tiempo de vender las joyas. No son bisutería, y le costará encontrar comprador. ¿A qué hora sale el vuelo para Nueva York?

—Ocho de la mañana.

—Nos encontraremos en el

O'Hara

Internacional. Seré puntual. Mi equipaje es muy reducido.

—También el mío —sonrió Kathryn—. El señor Ross sugirió que llevara lo imprescindible. En Italia puedo comprar la ropa que necesite. De no ser por lo desagradable del asunto, resultarían unos días maravillosos. Roma, Venecia, Milán...

Pasamos al *living*.

Me reflejé en los verdes ojos de Kathryn.

—Tal vez sean maravillosos, Kathryn.

Ella volvió a sonreír.

Ahora, sensual y provocativa.

—Sí... ¿por qué no?

Abandoné el apartamento.

Mientras caminaba por las proximidades a la Astor Tower, percibía la fría brisa, procedente del Michigan Lake. Introduje las manos en los bolsillos de la chaquetilla. Tropezando con los fajos de billetes.

Por primera vez, parecía sonreírme la suerte.

La posibilidad de ganar cincuenta mil dólares.

Kathryn.

Roma, Venecia...

Unos días inolvidables.

Eso imaginaba. Sin percatarme de que a los individuos como yo jamás les sonríe la suerte. En Italia, sí me esperaban unos días inolvidables.

Unos días de violencia, de sangre, de muerte...

CAPÍTULO III

Kathryn Curtis se encargó de todo lo relacionado con los pasajes. Fue como disponer de la más eficaz secretaria.

El vuelo Chicago-Nueva York lo realizamos en dos horas.

No hubo tiempo de desplazarnos a Manhattan.

La salida del *Jet Clipper* de la Pan American, con destino a Roma, era próxima. No había tiempo para visitas. Permanecimos en el Kennedy, en espera de nuestro siguiente vuelo.

Fue un magnífico viaje.

Con todas las comodidades.

En tarifa «Presidente Especial».

Ventajas de trabajar para individuos de la categoría de Woody Ross.

Al igual que el lujo de disponer de una secretaria como Kathryn Curtis.

La muchacha lucía un favorecedor y elegante conjunto en seda natural, con falda bordada y corpiño en seda estampada.

Yo no desentonaba.

Con dinero abundante, había renovado mi vestuario.

Chaqueta en lino color crudo, con camisa en seda natural y pantalón azul marino. Zapatos de artesanía.

En la maleta, también recién comprada, un par de trajes más, zapatos de repuesto, ropa interior y el cepillo de dientes. Sin contar con una disimulada «Luger» que milagrosamente pasó la inspección del aeropuerto. Había entregado al servicio de seguridad de vuelo mi revólver del treinta y ocho, mostrando la correspondiente licencia. En tierra italiana, me sería devuelto.

De la «Luger» fue mejor no decir nada.

Era un arma muy especial. Sin número de serie. Sin marca de fábrica. Imposible de identificar. Le tenía un gran cariño.

Nueva

York-Roma,
en poco más de nueve horas.

La diferencia de horario nos hizo aterrizar en el Aeropuerto de Fiumicino ya de madrugada.

Kathryn Curtis, sorprendente en una mujer, también había limitado su equipaje a una sola maleta.

Los obligados trámites aduaneros fueron breves.

Pasamos seguidamente al interior de un taxi.

Kathryn suspiró, reclinándose en el asiento.

—¿Cansada?

—Un poco, Paul. ¿Dista mucho Roma del aeropuerto?

—Alrededor de los veinte kilómetros.

—Treinta y seis kilómetros —rectificó el taxista, en un inglés de academia—. Americanos, ¿eh? Yo admiro a los Estados Unidos. Un gran país.

Encendí un «Graven», ofreciendo un cigarrillo al taxista.

—¿Cuál es tu nombre, amigo?

—Mario Cassinelli.

—¿Te gustaría ganar cien dólares, Mario?

Los ojos del individuo se posaron en el espejo retrovisor.

Dirigiéndome una codiciosa mirada.

—¿Qué debo hacer?

—¿Estabas ayer de servicio en el aeropuerto?

—Sí.

Le tendí la fotografía de Janet Potts.

La que enfocaba su rostro.

Había hecho varias copias.

—¿La has visto? Llegó en un vuelo «charter», procedente de Chicago.

El hombre contempló la fotografía.

Sin dejar de prestar la debida atención a la conducción del vehículo.

—Bella *ragazza* —dijo Mario Cassinelli con ironía—. No, señor. No subió a mi auto.

—Quédate con la fotografía, Mario. Muéstrala a tus compañeros. A los que estaban de servicio, a la hora de llegada del vuelo de Chicago. Puede que alguno la recuerde. Quiero saber en qué hotel se hospeda.

Me recliné en el auto.

Fue entonces cuando descubrí cierto escepticismo en los ojos de Kathryn Curtis. Lo corroboró con sus palabras:

—Dudo que dé resultado, Paul.

Moví la cabeza.

Afirmativamente.

—También yo. Sería demasiada suerte. En verdad, no tenemos otro punto de partida. Nada perdemos con intentarlo.

—¿Qué planes tienes?

—Janet quedó entusiasmada en su viaje a Italia del pasado año. Algo le ha hecho volver. Eligió Italia como refugio. ¿Por sus bellos monumentos? ¿Por los *spaghetti*? No, Kathryn. Sospecho algo más. En Chicago me informé del viaje turístico realizado por Janet, el año pasado. De todos los datos. Janet Potts visitó Roma, Venecia y Milán. Ése fue el itinerario. Tengo, incluso, la habitación que ocupó en los diferentes hoteles, las excursiones facultativas que realizó, los museos...

—¿Todo eso puede servirnos de algo?

—Tal vez.

Kathryn entreabrió los labios.

Puede que para mostrar nuevamente su desconfianza, pero optó por guardar silencio.

El auto ya circulaba por las calles de Roma.

La Ciudad Eterna.

En aquellas altas horas de la noche, las calles aparecían semidesiertas. En una placentera calma.

El hotel donde Kathryn había reservado telefónicamente plaza, era el Mastelli. De gran lujo. A poca distancia de Porta Pia. En una de las esquinas a la longitudinal Via Nomentana.

—No olvides mi encargo, Mario. Si tienes noticias, no te importe la hora. Mi nombre es Paul Wallach.

—Descuide, señor.

Un empleado del hotel Mastelli acudió, servicial, a hacerse cargo del equipaje.

En recepción, rellenamos la ficha de registro.

Habitaciones 503 y 504.

Hablé reservadamente con uno de los conserjes. Un muchacho de rostro despierto y mirada astuta.

Kathryn ya me esperaba en uno de los elevadores.

Quinta planta.

Cualquiera de las dos habitaciones era más espaciosa que mi apartamento de Chicago.

Despedí al botones con cinco dólares.

Me sentía generoso.

Acorde con todo aquel lujo.

Las dos habitaciones se comunicaban. Cada una de ellas disponía de antesala, cuarto de baño, televisor y mueble-bar.

—¿Te quedas en ésta, Kathryn?

—Bueno. ¿Ya te retiras a dormir?

—¿Dormir? Casi acabamos de almorzar en el avión. En Nueva York, en estos momentos, comienza la animación de la noche. Estoy desfasado.

La muchacha rió en cantarina carcajada.

—¿Por qué no preparas unas bebidas, mientras tomo una ducha? Conversaremos un poco.

—*Okay.*

Atrapé mi maleta pasando a la habitación contigua.

La puerta de comunicación tenía cerrojo a ambos lados.

Me desprendí de la chaqueta.

Afortunadamente el aire acondicionado funcionaba a la perfección. Combatiendo la cálida noche romana.

El mueble-bar estaba bien surtido.

Para Kathryn un combinado a base de peppermint, ginebra y zumo de naranja. Todo ello bien dosificado.

Lo mío, más simple.

Más popular y explosivo.

Cerveza con ginebra.

Encendí un cigarrillo acomodándome en el diván que adornaba parte de la estancia. Sobre la mesa de cristal, la Prensa del día. *La Stampa, Il Messagero, Corriere di la Sera...*

Poseía algunos conocimientos de italiano.

Adquiridos en mis poco cordiales tratos con los *grea-seball* [2] establecidos en Chicago.

A los veinte minutos apareció Kathryn.

Quedé con la boca entreabierta.

Contemplándola como un idiota.

Kathryn estaba seductora.

Lucía una corta bata de batista blanca, con adorno de puntilla, y un vaporoso *negligé*.

Ambas prendas, muy transparentes.

Sus senos se delineaban con toda su turbadora turgencia. Erectos y puntiagudos. El minúsculo pantaloncito negro se transparentaba bajo la fina tela. En un contraste provocador.

La joven se acomodó a mi lado.

Con una sonrisa en sus carnosos labios.

Consciente de las lascivas miradas que recibía.

—¿Éste es mi vaso? —No esperó respuesta. Bebió a pequeños sorbos—. No está mal... Háblame de ti, Paul. ¿Tienes mujer?

—No.

—¿No te has casado ninguna vez?

—He cometido muchas equivocaciones en mi vida, Kathryn; pero no hasta ese extremo.

—¿Desde cuándo eres investigador privado?

—Ya no lo soy. No tengo licencia. Policía, detective... Sólo sirvo para eso. Parezco olfatear la basura. Es lógico. Crecí entre estercoleros. Entre maleantes. Mi padre murió alcoholizado, cuando yo contaba seis años de edad. Mi madre me soportó hasta los diez años. Luego se largó, dejándome cuatro dólares bajo la almohada. Fui internado en una institución benéfica, pero escapé de allí al poco tiempo. Desempeñaba infinidad de trabajos durante el día, y por las noches acudía a una academia. Quería salir de aquella miseria. Ladrones de doce años, prostitutas de quince... Todo un nauseabundo mundo del que quería huir. Ahorrando centavo a centavo y estudiando. Tal vez para combatir aquel mundo de corrupción, ingresé en la Metropolitan Pólice, pasando a la Sección de Homicidios. Fui expulsado. Conseguí licencia de investigador privado y me fue retirada a los dos años. Ésa es mi vida. Ejemplar, ¿eh?

Kathryn inclinó la cabeza.

—Paul... yo... lamento haberte recordado...

—¡Oh, no! ¿Sabes una cosa? De volver a nacer comería nuevamente los mismos errores. No me arrepiento de nada.

—Entonces, eres un hombre afortunado.

—Seguro.

Kathryn me sonrió.

Dulcemente.

Comprendiendo mi ironía.

—Mi vida sí es vulgar, Paul. El desplazarme contigo a Italia es lo más maravilloso que me ha ocurrido. Infancia burguesa, estudios elementales, ingreso en la Ross Company...

Sonó el timbre del teléfono.

Me incorporé para acudir a la mesa de noche.

Atrapé el micro.

—¿Sí?

Era el recepcionista del hotel.

El muchacho de mirada astuta.

La conversación fue breve.

Al colgar el auricular, comprobé que Kathryn había acudido a mi lado. Mirándome inquisitiva.

—¿Quién era, Paul?

—Han telefoneado a todos los hoteles de Roma, de diferentes categorías, preguntando por Janet Potts. No figura inscrita en ninguno de ellos. Esperemos que los taxistas de Fiumicino nos proporcionen mejores noticias. Es como buscar una aguja en un pajar.

—Paul...

—¿Sí?

Nos miramos a los ojos.

—Paul... ¿Por qué no nos olvidamos ahora de Janet Potts, de las joyas de Shichadjis, de todo...?

Kathryn.

Noche en Roma...

Sí.

Al diablo con Janet Potts y las malditas joyas.

Mis manos se posaron en los hombros de Kathryn deslizándose la bata que cayó suavemente sobre la alfombra.

La muchacha me echó los brazos al cuello.

Entreabrió los labios.

Nos besamos ávidamente.

Con pasión.

Mis manos acariciaron ahora el cuerpo femenino. Percibiendo su calor. Su embriagador perfume...

Kathryn correspondió a mis caricias.

Lentamente fui arqueando el cuerpo de la joven hasta depositarla con suavidad sobre el lecho.

Mi primera noche en Roma iba a ser inolvidable.

Al igual que las restantes, aunque éstas por motivos sien diferentes.

CAPÍTULO IV

Por teléfono me anunciaron la visita de Mario Cassinelli. De inmediato autoricé que subiera. Tal vez fuera portador de buenas noticias.

Kathryn quedó ultimando el servido *colazione*.

Pasé a la antesala de la *suite* para recibir al taxista.

—Buenos días, señor.

—Hola, Mario. ¿La has localizado?

Cassinelli me entregó la fotografía.

Algo más arrugada y sucia.

—Ninguno de mis compañeros la recuerda, señor. Puedo asegurarle que no tomó taxi en el aeropuerto. Pregunté también en los servicios de autobuses de Fiumicino; pero allí es más difícil fijarse en una persona.

Suspiré resignado.

Sin sorprenderme por el fracaso.

Llevé la diestra al bolsillo del pantalón.

—Recompensaré igualmente tus molestias, Mario.

—Un momento, señor... Alguien sí recuerda a la mujer de la fotografía. Uno de los portamaletas. Asegura haber trasladado el equipaje de la chica hasta el *parking* del aeropuerto.

—¿A un coche privado?

—En efecto. Al «Fiat 128» de Luigi Franciolini.

—¿De quién?

El taxista sonrió.

—Hemos tenido suerte, señor. Luigi Franciolini es muy conocido entre nosotros. Un joven que trabaja en la agencia de viajes Frontiera. Es guía turístico.

—Magnífico, Mario.

Añadí cincuenta dólares a los cien prometidos.

Cassinelli se retiró haciendo profundas reverencias.

Retorné a la habitación.

Kathryn aún continuaba sentada en el lecho. Con la bandeja del desayuno. Cubriendo una tostada con mermelada.

—¿Alguna novedad, Paul?

No respondí.

Precipitadamente, tomé mi maleta. En uno de los compartimentos estaba el sobre que me fue proporcionado en Chicago. Todo lo relacionado al viaje a Italia efectuado por Janet Potts el pasado año.

Centré mi atención en lo concerniente a la estancia en Roma.

Las excursiones facultativas no fueron patrocinadas por la agencia Frontiera, pero sí conducidas por Luigi Franciolini. El fue el cicerone.

—Lo tengo, Kathryn... ¡Luigi Franciolini! ¡Nuestro hombre!

Kathryn apartó la bandeja saltando del lecho. Su escultural cuerpo sólo protegido por una transparente *deshabille*.

—¿Quién es ese Franciolini?

—Yo tenía razón. Janet Potts hizo amistades en su anterior viaje a Italia. Luigi Franciolini fue su guía en Roma. Y Franciolini estaba esperándola en el aeropuerto. De ahí que no tomara ningún taxi ni pernoctara en hotel. ¡Está con Luigi Franciolini!

—¿Qué piensas hacer?

En la maleta estaba la funda sobaquera. La ajusté a los hombros. Del doble fondo retiré mi querida «Luger».

—Visitar a Luigi.

—Iré contigo.

—No puedo perder un solo minuto, Kathryn. Dedícate a contemplar los maravillosos monumentos de Roma. Nos reuniremos aquí a la hora del almuerzo.

—¡Paul!...

Hice caso omiso a la llamada de la muchacha.

Del respaldo de una de las sillas atrapé la chaqueta abandonando la habitación a grandes zancadas.

El uniformado portero del hotel me consiguió un taxi.

—Agencia Frontiera.

El auto dejó atrás la Piazza di Porta enfilando por la prolongación de Via Nomentana hasta alcanzar la denominada Piazza Quirinale. El vehículo se detuvo en una de las calles que

bordeaban Villa Colonna.

Descubrí el letrero anunciador de la agencia turística.

Aboné la carrera.

Uno de los empleados se incorporó al verme entrar en la agencia.

—*Buon giorno, signore.*

—¿Luigi Franciolini?

El individuo, todo un experto, me catalogó de inmediato. Su respuesta fue ahora en perfecto inglés:

—Franciolini ya no trabaja aquí, señor; pero podemos proporcionarle igualmente un buen guía.

—No busco un guía. Mi interés por Franciolini es privado.

—Se despidió voluntariamente hace un par de días.

Sí.

Era lógico.

Con joyas por valor de medio millón de dólares no necesitaba seguir trabajando.

—¿Dónde podría localizarle? Es de gran importancia que hable con él.

—Supongo que le encontrará en su domicilio. Tiene un apartamento en el 443 de Via Giardino. En la última planta.

—Gracias.

Demoré varios minutos en localizar un nuevo taxi. Afortunadamente Via Giardino no distaba mucho de la agencia de viajes.

El 443 resultó ser un edificio de vieja construcción.

De cinco plantas. La casa contigua en ruinas. Al otro lado un solar vallado donde se anunciaba una próxima edificación.

Despedí al taxi.

Al entrar en el edificio quedé envuelto por una bocanada de aire caliente.

No pude evitar una soez maldición al comprobar que la casa carecía de ascensor.

Una vivienda por cada planta.

Al llegar a la quinta tenía la frente húmeda.

El calor, en aquel tórrido día, era aún más sofocante dentro de la casa.

Pulsé el llamador.

Después de una breve pausa volví a llamar.

El timbre sonaba muy débil y decidí golpear la puerta con los nudillos.

Y la hoja de madera cedió.

No me había percatado de que estaba levemente entreabierta. Empujé la puerta adentrándome en el apartamento.

—¡Luigi!... ¡Luigi!... ¿Hay alguien aquí?

Ninguna respuesta.

El reducido *living* comunicaba con un salón-comedor. Las hojas del balcón, abiertas, permitían ver el edificio contiguo, en ruinas.

La primera puerta del corredor también abierta.

Correspondía a un dormitorio.

Todo estaba en desorden. Volcados los cajones del armario, de la mesa de noche... Hasta el colchón de la cama había sido rasgado para registrar su interior. Entre la ropa esparcida por el suelo, había prendas femeninas.

Una bolsa de viaje aún mantenía sujeto el tíquet de retirada, correspondiente al vuelo Chicago-Roma. Y unas iniciales grabadas: «J. P.».

Aquéel era el bolso de Janet Potts.

Y aquellas ropas femeninas, sin duda, pertenecientes también a la mujer.

Alguien había aprovechado la ausencia de Luigi Franciolini y Janet Potts para registrar en el apartamento.

En busca de las joyas de Shichadjis.

Junto al armario, una puerta.

La abrí.

Comunicaba con el cuarto de baño.

Quedé paralizado en el umbral. Sin atreverme a dar un paso más. Con un nudo atenazando mi garganta.

La bañera estaba repleta de agua.

Un agua rojiza.

Mezclada con sangre.

La sangre que aún manaba del individuo que yacía con la yugular seccionada.

Joven.

De unos veinticuatro años de edad. Rostro atractivo y...

¿Atractivo?

¿Puede resultar atractivo un cadáver?

No, diablos.

Y menos el de aquel individuo. Totalmente desnudo. Tenía la cabeza apoyada en el borde de la bañera. El brutal tajo apenas la mantenía unida al tronco. La sangre manaba a borbotones.

Sí.

Aún se estaba desangrando.

Y eso significaba... que el asesino tampoco podía estar muy lejos.

El espejo del cuarto de baño quedaba a mi izquierda. Algo ladeado, pero no lo suficiente para que ocultara por completo al individuo que sigilosamente surgió a mi espalda.

El hombre también se percató de que había sido descubierto.

De ahí que precipitara su ataque.

Se lanzó sobre mí proyectando su mano derecha. Armada con un cuchillo de resorte.

Esquivé la hoja con dificultad.

Dado lo peligroso de la situación, decidí no darle una segunda oportunidad. Con el codo le propiné un golpe al costado. Iba a completar con un *rikenuchi*, pero no fue necesaria mi exhibición de karate.

El fulano había golpeado su frente contra el lavamanos.

Se desplomó, sin proferir un gemido.

Escuché un *click*.

Muy característico.

Demasiado familiar para mí.

Instintivamente me arrojé al suelo, a la vez que mi diestra volaba hacia la funda sobaquera.

El disparo sonó como el descorchar de una botella de champaña, pero sin burbujas.

El estruendo fue al estallar el espejo, recibiendo el proyectil.

El autor del disparo estaba en el centro de la habitación. Con una «Super-Star» en la diestra. Con el tubo silenciador humeante.

Quiso rectificar el tiro, pero mi «Luger» ladró bien.

Apunté a la cabeza.

El hombre extendió los brazos en cruz, retrocediendo hasta tropezar su espalda contra la pared. Acto seguido cayó de bruces.

Con un feo orificio entre ceja y ceja.

La detonación de mí «Luger» sí fue estridente.

Me pareció oír gritos femeninos en los apartamentos vecinos.

Y voces alarmadas.

—¡Policía! ¡Policía!...

Me incliné sobre el individuo que yacía bajo el lavabo. Estaba muerto. No me sorprendió. El lavamanos también quedó en muy mal estado.

Registré sus bolsillos hasta dar con el billetero.

Lo guardé, iniciando veloz huida.

Al salir al corredor comprobé que los vecinos más curiosos se asomaban al *living*. Retrocedieron espantados al verme con la «Luger». Se reanudaron los gritos por toda la escalera.

También me llegó el lejano ulular de una sirena.

Proferí una soez maldición.

Si caía en poder de la policía romana, me iba a resultar muy difícil explicar aquellas muertes.

Como una exhalación pasé al salón.

La sangre me golpeaba con fuerza en las sienes, y un frío sudor empapaba mi cuerpo. No originado precisamente por el calor reinante.

La «Luger» retornó a la funda sobaquera.

Me encaramé sobre el hierro del balcón. No era insalvable la distancia que me separaba del edificio en ruinas.

Salté.

El ventanal de la casa en ruinas pareció acusar mi peso, pero de inmediato pasé al interior. Una lustrosa rata se cruzó en mi camino, haciéndome trastabillar.

Volví a maldecir como un poseso.

Logré dar con la salida.

Ni tan siquiera había puerta.

Descendí de dos en dos los escalones cubiertos de suciedad. Próximo a la planta baja, aminoré mi veloz carrera.

Lógicamente, no busqué la salida principal del edificio. Demasiado cercana a la casa contigua y, por lo tanto, custodiada por la policía y con multitud de curiosos.

Fui hacia uno de los ventanales de la primera planta.

El salto resultaba ahora más acrobático, pero no dudé.

Flexioné las rodillas, lanzándome al vacío. Al caer sobre el asfalto, perdí momentáneamente el equilibrio, gateando un par de yardas, antes de incorporarme y emprender carrera.

Me descubrieron cuando ya casi alcanzaba la esquina.

A mi espalda, los gritos de la policía dando la voz de alto. También el maniobrar de un auto para salir en mi persecución.

Doblé la esquina.

Jadeante.

Sin detener mi veloz carrera.

Fue entonces cuando surgió el aerodinámico vehículo. Un «Alfa Romeo». En su deportiva versión «Spider Júnior». Descapotable. De dos plazas.

No llegó a frenar por completo, aunque sus ruedas chirriaron en el asfalto.

—¡Adentro, Paul!

Mi capacidad de reacción fue pasmosa.

Incrementada por el miedo.

Como si la milagrosa aparición de aquella bella muchacha, al volante del «Spider Júnior», fuera de lo más normal.

Salté al vehículo, sin molestarme en abrir la portezuela.

El auto rugió al iniciar vertiginosa carrera.

En cuestión, de segundos, hábilmente conducido por la muchacha, nos alejamos de la peligrosa zona.

La policía ni tan siquiera llegó a ver el auto.

—Estabas en dificultades, ¿eh, Paul? ¿Qué ha ocurrido en el apartamento de Luigi Franciolini?

Contemplé a la mujer.

De unos veintidós años de edad. La negra mata de su pelo, graciosamente recogida con un pañuelo de seda. Aquello resaltaba el óvalo de su rostro. Los ojos eran del color del ágata. Pómulos ligeramente salientes. Boca grande. Labios carnosos y sensuales.

Lucía un conjunto muy veraniego.

Apropiado para los cálidos días romanos.

Un dos piezas, compuesto de falda con grandes aberturas laterales y sujetador anudado al cuello y espalda.

El inicio de los sinuosos senos, la cimbreante cintura, los bronceados muslos... Todo un turbador espectáculo.

—¿Quién eres?

—Una amiga, Paul. ¿No lo he demostrado?

—Quiero una respuesta más concreta.

—*Okay*.

La muchacha aprovechó un obligado *stop* para abrir un bolso depositado a sus pies. Me tendió un portadocumentos.

—¿Es suficiente con esto, Paul?

Era una credencial.

Una placa y una tarjeta de identidad.

A nombre de Suzanne Stanton, agente de la Central Intelligence Agency.

—¿Eres...?

—Correcto, Paul. Agente de la CIA.

CAPÍTULO V

Via Scala era una zona ajardinada, de reciente construcción. Fuera del centro urbano de Roma. Un lugar tranquilo, donde se alineaban uniformes *bungalows*. Gran número de ellos aún se anunciaban en venta o alquiler.

El «Alfa Romeo» se detuvo frente a uno de los *bungalows*.

El señalado con el número 233.

—Te invito a un *whisky*, Paul. Creo que lo necesitas.

No respondí.

Caminé tras la enigmática muchacha.

Agente de la CIA...

Sacudí la cabeza. Todavía incrédulo. La Central Intelligence Agency no gozaba de mis simpatías. Últimamente, se trataba de cambiar la poco airosa imagen de la organización de inteligencia USA.

No hay duda de que con agentes como Suzanne Stanton, lo conseguirían.

Toda una diosa.

Sus senos, sólo protegidos por aquella pieza superior, se movían, provocativos, a cada paso. Al igual que aquel innato ondular en las caderas.

Penetramos en el *bungalow*.

Mobiliario y decoración producido en serie. Sin duda, semejante al de los restantes *bungalows* de Via Scala.

El salón disponía de un mostrador-bar.

—No quiero beber nada.

La joven sonrió.

—¿Qué te ocurre, Paul? ¿No te gusta mi *bungalow*? Es más discreto que tu *suite* del hotel Mastelli.

Cansinamente, me dejé caer en el sofá.

Suzanne Stanton se acomodó a mi lado. Cruzó graciosamente las piernas. La abertura de la falda mostró con generosidad los bronceados muslos femeninos. Incluso dejando entrever un íntimo encaje negro.

—Adelante, Paul. ¿Qué ha ocurrido en el apartamento de Franciolini?

Encendí un cigarrillo.

Calmosamente.

Las bocanadas de humo, deliberadamente proyectadas hacia el sonriente rostro de Suzanne. Obligándola a entornar sus negros ojos.

—De la CIA, ¿eh, nena?

—Sí, querido.

—Esto es Roma. Aunque la Central Intelligence Agency se caracteriza por meter las narices en asuntos ajenos, no estoy obligado a dar explicaciones.

—¿Prefieres hacerlo a la policía local?

Correspondí a la sonrisa de Suzanne.

Fríamente.

—¿Te atreverías a llamarla, Suzanne? Tú me ayudaste a salir de allí.

La muchacha inspiró con fuerza.

Resaltando aún más sus prominentes senos.

—*Okay*. Vamos a depositar ambos las cartas boca arriba. Sé quién eres, Paul. Policía, investigador privado... Me han informado ampliamente de ti.

—¿Quién?

—Mis superiores. Poco después de tu entrevista con Woody Ross en el Zoska de Chicago. Desde entonces hemos seguido tus pasos. Tu visita a Kathryn Curtis, el desplazamiento a Nueva York... Hemos viajado en el mismo avión, Paul. Tenemos bajo control a Woody Ross. Nos sorprendió que se entrevistara contigo... Paul Wallach... ¡El implacable sargento de Homicidios, relacionándose con un mañoso!

—Ya no pertenezco a Homicidios. Y creo que Woody Ross tampoco está ahora vinculado a la Cosa Nostra.

—Cierto. Ya no eres policía. En cuanto a Ross... tiene otras amistades. Algunas, bajo la tutela de la Mafia. Woody Ross forma

parte de una organización de espionaje que opera en EE. UU. Una siniestra red con contactos en el Pentágono, con espías en la NASA, en la ONU, en la Air Forcé Intelligence, en la Atomic Energy Commission... e incluso en el National Security Council. Importantes documentos y proyectos secretos están siendo dados a conocer a potencias extranjeras. Vendidos al mejor postor. Nos consta que Woody Ross, fuera ya de sus actividades mañosas, es uno de los principales dirigentes de la organización de espionaje denominada Scorpio. Una organización que nos está ocasionando muchos quebraderos de cabeza. Ross es condenadamente astuto. No le hemos sorprendido en el menor error, pero estamos seguros de su vinculación a Scorpio. Tú eres un buen ciudadano, Paul. Queremos que...

Mi ruidosa carcajada hizo parpadear a Suzanne.

Me contempló perpleja.

—¡Buen ciudadano!... Fui expulsado de la policía con deshonor, y hace pocos meses me retiraron la licencia de investigador privado. ¿Conoces los motivos, Suzanne?

—Sí.

—¡Y un cuerno! Siendo sargento de Homicidios le propiné una paliza a un tal Gary Salkow. Sin contemplaciones. Quería salvar a una niña. El fulano quedó algo magullado. Al ser trasladado a las celdas cayó accidentalmente por la escalera, sufriendo un mortal golpe en la nuca. Eso fue lo que realmente sucedió. La prensa sensacionalista me culpó de su muerte. Grandes titulares, solicitando la destitución del sargento Wallach. La versión de los hechos, la verdadera, no era aceptada. El Departamento de Homicidios cedió a los que pedían mi cabeza. Al expulsarme del cuerpo les daba la razón. Presentándome como causante de la muerte de Salkow. Poco importaba la nota oficial. ¡El sanguinario sargento Wallach ya no estaba en Homicidios!

—Se cometió una injusticia contigo, Paul.

—¿De veras? ¡Muy amable! Aún hay más, Suzanne. El... buen ciudadano Wallach, ahora como investigador privado, trabajaba en un feo asunto de estafa. Con varios peces gordos involucrados. Uno de ellos, el senador Gordon Boone, iba a resultar muy dañado; pero dio las oportunas órdenes. Me retiraron la licencia, acusándome de ocultación de pruebas. Estas últimas semanas he deambulado por

las calles de Chicago con los bolsillos vacíos. Sin encontrar trabajo. Soy un vulgar sabueso. No sé hacer otra cosa. Woody Ross me ofreció trabajo y acepté. Sin importarme sus antecedentes mañosos o el que asesinara a su abuela.

—No te reprochamos el trabajar para Ross, Paul. Sólo nos sorprendió, y decidimos investigar. A decir verdad controlamos todo cuanto hace Ross. Incluso a los empleados de su fábrica. La importancia del caso no nos permite dejar ningún cabo suelto. ¿Puedes hablarme de tu trabajo para Ross?

Aplasté el cigarrillo.

Mis nervios se habían alterado.

Procuré calmarme.

—Lamento desilusionarte, nena. No es nada relacionado con el espionaje internacional ni actividades delictivas para la CIA. Se trata de un vulgar robo de joyas. Janet Potts, una de las doncellas de los Ross, se largó a Roma con una valiosa colección de joyas. Woody Ross me encomendó el trabajo. Eso es todo.

Ciertamente, Suzanne parecía desilusionada.

Más bien incrédula.

—Woody Ross dispone de infinidad de elementos para desempeñar ese trabajo. ¿Por qué te eligió a ti?

—Son unas joyas... algo especiales. Adquiridas privadamente a una aristocrática familia inglesa. Las joyas de Shichadjis.

—Lo sabemos. Ross las compró hace ya varios años. No es novedad para nosotros.

—Magnífico. Yo mismo dudaba de la historia. Según Ross, no quiere hacer intervenir a sus hombres, por temor a falsas interpretaciones.

—Janet Potts... Suponíamos que se había tomado unas vacaciones, con el beneplácito de los Ross. Cursamos órdenes a nuestros agentes aquí en Roma. Uno de ellos esperó la llegada de Janet Potts. Un tal Luigi Franciolini, guía turístico, la esperaba. Fueron a su apartamento. Nada sospechoso. De ahí que el agente suspendiera la vigilancia. A decir verdad, poco nos importa el robo de las joyas. La CIA busca otra cosa.

—Pues a mí sólo me interesa recuperar esas joyas. Significan veinticinco mil dólares.

—Woody Ross sigue igual de generoso —sonrió Suzanne—.

¿Qué ocurrió en el apartamento de Franciolini? ¿Te ofreció resistencia?

—O, no... En absoluto. Estuvo muy quieto. Tal como corresponde a un cadáver.

La muchacha agrandó los ojos.

—¿Está...?

—Ahá. Degollado en la bañera. Habían registrado el apartamento. Aparecieron dos individuos. Sin duda, los asesinos de Franciolini. Uno de ellos se rompió, la cabeza contra el lavabo. Al otro lo despaché de un balazo entre los ojos.

Suzanne volvió a parpadear.

Contemplándome con admiración y estupor.

—Me temo que se complica tu caso, Paul.

—Sí. Hay alguien más tras las joyas de Shichadjis. Tal vez puedas ayudarme, Suzanne. De estar en Chicago me resultaría sencillo, pero aquí no tengo amistades.

Mostré la billetera.

—¿Qué es, Paul?

—La encontré en los bolsillos de uno de los individuos que me atacaron.

Fui comprobando el contenido de la billetera.

Permiso de conducir y tarjeta de identidad a nombre de Herbert Jones, boletos de apuestas, fotografía dedicada de una tal Dorothy en traje de Eva... y un pasaje del vuelo Nueva York-Roma, del día anterior.

—¡Infiernos!... Fue muy concurrido el viaje.

—Herbert Jones, treinta y seis años de edad, nacido en Chicago... —leyó Suzanne de una de las tarjetas de identidad—. Investigaré, Paul. Esta misma noche puedo darte una respuesta.

—Gracias. También por sacarme de...

—Olvídalo. Somos compatriotas. Si te encuentras en dificultades, acude a mí. Al igual que si descubres algo de interés para la CIA. Algo relacionado con Scorpio.

—Lo haré.

Me incliné sobre el teléfono depositado sobre la mesa, memorizando el número.

Suzanne se incorporó del sofá.

—Yo te llamaré esta noche, Suzanne. Voy a cambiar de hotel. El Mastelli ya no es seguro para mí. La policía italiana, al investigar la muerte de Franciolini, acudirá a la agencia de viajes. Allí la informarán de que un norteamericano preguntó por Franciolini, le proporcionarán mi descripción, localizarán al taxista que me llevó... Es mejor tomar precauciones.

—¿Qué arma utilizaste, Paul?

—Una no identificable. Sin número de serie ni marca de fabricación...

—Eso es ilegal.

Uní mi sonrisa a la de Suzanne.

—Tú, por pertenecer a la Central Intelligence Agency, no eres la más indicada para hablar de legalidad.

—No te resulto simpática, ¿eh?

—Todo lo contrario. Te admiro, Suzanne. Se necesita mucho estómago para trabajar en la CIA.

Suzanne me acompañó hasta la puerta de salida.

Impasible al sarcástico comentario.

—Una última pregunta, Paul... ¿Por qué te acompaña Kathryn Curtis?

—Es una de las secretarias de Woody Ross.

—Sí, eso ya lo sé. ¿Está al corriente del robo de las joyas?

—En efecto. Ross ordenó que me hiciera compañía. Supongo que para estar informado de mis investigaciones.

—Es extraño... —Suzanne arrugó la nariz, en gracioso mohín—. Consideraba a Woody Ross más reservado. Y mantenía muy en secreto la existencia de esas joyas. Pudo hacerte acompañar por cualquiera de sus hombres de confianza. ¿Por qué Kathryn Curtis?

—Todos cometemos idioteces. El confiar en una mujer es la mayor de todas. Adiós, Suzanne.

—Hasta pronto, Paul.

Abandoné el *bungalow*.

Caminé un largo trayecto hasta localizar un taxi. Reclinado en el asiento del auto, encendí un cigarrillo.

Asesinatos, espionaje, la CIA...

Aquello empezaba a oler mal.

CAPÍTULO VI

Abandonamos el hotel, cancelando las habitaciones.

No resultó difícil alquilar un apartamento. En un edificio-colmena enclavado en el 929 de Via Spinelli. Entre la Piazza Repubblica y la Stazione Termini.

Kathryn Curtis ya estaba al corriente de lo sucedido, aunque le oculté la intervención de la bella agente de la CIA. Aquel detalle alarmaría a Woody Ross y posiblemente optaría por apartarme del caso.

—Herbert Jones... No me resulta familiar el nombre. ¿Quieres que ponga conferencia con Chicago? El señor Ross...

—No es necesario, Kathryn. Tengo mi propio servicio de información.

Mi seco tono de voz hizo parpadear a la joven.

—¿Qué te ocurre, Paul?

—¿Qué me ocurre? ¡Maldita sea! ¡Lo de las joyas Shichadjis es un secreto a voces! Ese tal Herbert Jones y su compañero estaban al corriente. Buscaban las joyas en el apartamento de Luigi Franciolini.

—Puede que Janet Potts cometiera alguna indiscreción en Chicago.

Me dediqué a pasear nerviosamente por el salón.

Como un león enjaulado.

—Con la muerte de Franciolini estamos de nuevo en la oscuridad, aunque puede que todo haya terminado ya.

—¿Qué quieres decir, Paul?

—Si Janet Potts regresó al apartamento de Franciolini, se encontraría allí con la policía. Si es detenida, lo confesará todo.

—¡Eso sería horrible!

Me detuve, fijando la mirada en Kathryn.

—¿Por qué? Es el camino más recto para que Woody Ross recupere las joyas. Puede apelar a la discreción de la policía

italiana. Todo se mantendría en secreto.

—Habría infiltraciones, los periodistas...

—Me sorprende tanta honorabilidad en Woody Ross. ¿Por qué preocuparse? No es culpable de indiscreción, si llega a descubrirse que las joyas Shichadjis le pertenecen.

—De haber leído el documento de compra comprenderías la gravedad de tal circunstancia. En uno de los apartados se determina que si, por cualquier causa, se divulga que las joyas Shichadjis pertenecen a Woody Ross, éste se compromete a indemnizar a los vendedores por la cantidad que ellos mismos quieran fijar. La familia vendedora pertenece a la alta aristocracia inglesa. El daño moral, al pregonar la venta de las joyas Shichadjis, pueden valorarlo en una desorbitada cantidad que Woody Ross se vería obligado a pagar. Sacudí la cabeza.

Todo aquello me parecía absurdo.

Ridículo.

—Voy a realizar una gestión, Kathryn. Pasaré a recogerte dentro de una hora. Cámbiate de vestido.

—¿No te gusta éste? Lo he comprado en una de las *boutiques* más elegantes de Roma.

Kathryn giró graciosamente.

Mostrando su vestido en muselina de seda, estampado con lunares negros. Un modelo de varios cientos de dólares. A cargar en la cuenta de Woody Ross.

—Precisamente por eso, Kathryn. Demasiado elegante. Vamos a cenar en un lugar poco fino.

—¿Cómo?

—Una hora, Kathryn.

Abandoné el apartamento.

Dejando a la muchacha con una mueca de perplejidad en el rostro.

Fui puntual.

Exactamente una hora más tarde estacionaba el aerodinámico «Ferrari 400» frente al 929 de Via Spinelli.

Y Kathryn ya deambulaba por la calzada.

Abrí la portezuela del *coupé*.

—¡Eh, Kathryn!...

La muchacha, después de un repetido parpadeo de sorpresa,

acudió sonriente.

—¡Qué maravilla, Paul!... ¿Lo has comprado?

—¿Estás loca? Ni aun ganando los veinticinco mil dólares prometidos por Ross, despilfarraría así el dinero. Lo he alquilado. Anda, sube.

Kathryn lucía un pantalón de línea pitillo y camiseta de algodón. Muy ceñida. Marcando la aureola de sus erguidos senos en la tela. Un bolso colgaba de su hombro izquierdo.

Abrí uno de los compartimientos del salpicadero del auto.

—Toma, nena. Un regalo.

Kathryn cogió el circular estuche de terciopelo azul.

Presionó el cierre.

En su interior, un broche de brillantes. Un disco en el centro. Del tamaño de una nuez. Otros más, a su alrededor, formando una estrella de mar.

—Pero... esto...

Mi carcajada aturdió aún más a la confusa Kathryn.

Inicié la marcha del «Ferrari».

—Es una imitación, Kathryn. Me ha costado doscientos dólares.

—¿Para qué lo has comprado?

—Me he puesto en lugar de Janet y Luigi. Tratando de vender las joyas. Al mejor perista de Roma. Lógicamente, un individuo que no repare en comprar joyas robadas. Voy a intentar localizar a ese hombre. Puede que Janet se haya puesto en contacto con él.

Todas las grandes ciudades del mundo, y Roma no iba a ser una excepción, tienen un barrio que no figura en las guías turísticas. Una zona no recomendable a la gente honrada. Un lugar donde los marginados encuentran refugio y no turban la conciencia de los burgueses.

Aquel lugar, en Roma, se denominaba Piazza di Zolfo. Casas viejas. De descolorida: fachada. Las bocacalles que desembocaban en la circular plaza aparecían sucias, descuidadas y con reducida iluminación.

El atardecer romano no era bello en Piazza di Zolfo.

Aquello sí eran ruinas, pero no artísticamente catalogadas como las del famoso Coliseo.

Cenamos en un tugurio denominado La Fórmica.

Allí traté de iniciar los primeros contactos, aunque sin resultado

positivo. Tan sólo recibí evasivas y miradas de desconfianza.

Seguimos el recorrido.

Otros tugurios.

Lampo II Como, La Contadina...

Fue en este último local donde obtuve la primera información. De boca de la propietaria: Luciana *la Contadina*.

Sí.

Tenía el saludable aspecto de las campesinas.

El vestido de escote en «V» hasta la cintura, difícilmente controlaba los exuberantes senos. Unos pechos opulentos, a juego con las ampulosas caderas. Todo en Luciana era abundancia.

Se expresaba en un inglés casi neoyorquino.

Sin duda, adquirido en sus múltiples contactos con los marines USA.

—Tu hombre es Lando Capriolli. Le encontrarás en Gicca, un club emplazado en la mismísima Piazza di Zolfo. Dile que yo te envío, *amore*. Lando desconfía hasta de su madre.

Doblé unos billetes que, junto con la consumición, recompensaban también la información recibida.

Los introduje por el escote de Luciana.

Entre sus voluminosos senos.

La Contadina sonrió, sujetándose con ambas manos los pechos. Los zarandeó, haciendo desaparecer los billetes.

Igualmente se hubiera tragado un millón de dólares.

Tomé a Kathryn del brazo, abandonando el local en dirección al estacionado «Ferrari».

—Te desenvuelves bien con las mujeres, Paul.

Sonreí.

—Luciana no es mi tipo.

—¿Cuál es tu tipo, Paul?

Me ladeé en el asiento para enfrentarme con Kathryn, y poder así enlazar su cintura.

Besé sus labios, que me esperaban entreabiertos.

—Me gusta abarcarlo todo, Kathryn. Ni un pulpo dominaría a Luciana. Contigo es diferente.

Para demostrarlo, mi zurda subió, acariciadora...

Cuando me hice cargo del volante, iniciando la marcha del auto, Kathryn respiraba jadeante.

Contemplándome casi atemorizada.

—Eres violento incluso en el amor, Paul...

—¿De veras? Lo lamento, Kathryn. Debe ser algo innato en mí.
No puedo cambiar.

—No lo hagas. Me gustas así.

Cruzamos nuestras miradas.

Fugazmente, aunque delatando pasión.

El trayecto hasta la Piazza di Zolfo fue breve. En nuestro deambular no habíamos salido de la zona.

Gicca era un club más. Tal vez mejor decorado y con un mayor número de atracciones.

Penetramos en el local.

La ambientación sí era la habitual del barrio.

Atmósfera extremadamente cargada, humo, perfumes baratos, sudor humano... Todo en nauseabunda mezcla.

No acudimos a las mesas que cercaban la pista de baile, sino al mostrador.

La iluminación se limitaba a mortecinos pilotos rojizos.

—Quiero hablar con Lando Capriolli. Me envía Luciana.

El individuo del mostrador se limitó a dirigir alternativas miradas a Kathryn y a mí.

Sin responder.

Puede que mi italiano no fuera del todo correcto. Cuando me disponía a interrogar de nuevo, el fulano se dignó contestar:

—Yo soy Capriolli. ¿Qué quiere?

—¿No podemos hablar en privado?

El llamado Lando Capriolli dudó unos instantes.

—De acuerdo. Sígame.

—Espera aquí, Kathryn.

Fui tras el individuo.

Pasamos a un reservado próximo.

—¿De qué se trata?

—Soy ciudadano norteamericano. Tengo en mi equipaje unos... objetos que no quiero retornar a los Estados Unidos. Puede que le interese comprarlos.

—Es posible.

—¿Eres el mejor perista de Roma?

El hombre hizo una mueca.

Inquieto por lo directo de la pregunta.

—¿Son objetos robados?

—Por supuesto. Lando. De tener el certificado de compra no estaría aquí. Son joyas —mostré el circular estuche. Al abrirlo, el broche brilló con fuerza—. Ésta es la pieza más pequeña.

Capriolli alargó la mano, pero cerré el estuche, guardándolo nuevamente en el bolsillo.

—Todo el material está valorado en un millón de dólares, Lando. El individuo bizqueó.

—¿Un millón de...? ¡Estás loco!

—Tal vez superior al millón de dólares, Lando —encendió un cigarrillo. Impasible a la exclamación de Capriolli—. Piezas magníficas. Las cedo por cuatrocientos mil dólares. Ahora son fácilmente identificables, y de ahí su peligrosidad. Quiero desembarazarme de ellas cuanto antes, y me conformo con los cuatrocientos mil. Un buen experto puede trabajar las joyas, desmontarlas y duplicar su valor. La cantidad no es desorbitada. Lo comprobarías al ver el material.

—No dispongo de cuatrocientos mil dólares. Es demasiado dinero.

Mi rostro no ocultó la decepción.

Aquel maldito Capriolli era un insignificante perista.

—Lo lamento. Lando. Era un magnífico negocio.

—Un momento... —me cortó el paso—. Conozco a alguien que sí dispone de esa suma. Le telefonearé. Espere aquí.

Capriolli abandonó el reservado.

Retornó a los pocos minutos.

—Está de acuerdo en recibirle. Debe ir ahora. Antes de las once, o mañana a primera hora. No soltará un centavo hasta tasar el material, pieza a pieza. Se trata de Marco Zavotta, con domicilio en el 133 de Via Goldoni.

—Iré ahora mismo.

Lando Capriolli consultó su reloj de pulsera.

—Tiene poco más de una hora. Más tarde de las once no le recibirá. Espera una importante visita. Otra compra de gran valor. En principio no le interesó su género, pero le advertí que se trataba de un buen negocio. No es el momento apropiado, aunque Zavotta puede hacer frente a grandes desembolsos. Así me lo ha asegurado.

—Gracias, Lando. No dudes que tu comisión será sustanciosa.

Salí del reservado.

No encontré a Kathryn en el mostrador.

Tras unos segundos de indecisión, opté por abandonar el local.

Kathryn me esperaba en el interior del «Ferrari».

—No podía seguir ahí dentro, Paul —la sonrisa de la muchacha era forzada y nerviosa—. Varios hombres me abordaron groseramente. Con proposiciones obscenas. Uno de ellos llegó a ofrecerme medio millón de liras.

No pude controlar una carcajada.

—No es mala cantidad para las tarifas existentes en Piazza di Zolfo. Las de primera categoría no sobrepasan las trescientas mil liras.

Kathryn enrojeció.

Avergonzada.

—No has debido dejarme sola, en un local como ése...

—Creí que nuestro hombre hablaría mejor sin testigos. Así fue. Tengo una buena pista, Kathryn. Sospecho que he dado con el perista que está en tratos con Janet Potts.

—¿Vamos a verle ahora?

El «Ferrari» se alejó de Piazza di Zolfo.

A gran velocidad.

—Iré yo solo, Kathryn. La entrevista puede resultar poco grata. Te dejaré en el apartamento.

—Como quieras. Aprovecharé para llamar al señor Ross. Me ordenó que le telefonara todas las noches. ¿Algo de tu parte?

—Saludos a su distinguida señora.

Kathryn rió divertida.

—Le diré que llevas la investigación por buen camino.

Llegamos a Via Spinelli.

Subí con Kathryn al apartamento.

Quería coger mí «Luger».

CAPÍTULO VII

Encendí el tercer cigarrillo.

Mi mirada seguía fija en el 133 de Via Goldoni.

Una tienda de antigüedades. De las dos persianas de cierre, una de ellas ocultaba por completo el escaparate; pero la segunda permitía el paso al interior del establecimiento. Éste aparecía iluminado.

Consulté el reloj.

Pasaban ya cinco minutos de las once.

Las mujeres raramente eran puntuales.

Via Goldoni era una calle poco transitada. No había ningún local público de diversión y, dado lo avanzado de la noche, se disfrutaba de una total tranquilidad.

Once horas y trece minutos.

Fue entonces cuando apareció el vehículo.

Un taxi.

Se detuvo frente a la tienda de antigüedades.

Me recliné en el asiento del «Ferrari» para no ser visto.

Descendió una mujer.

La distancia y la oscuridad no me permitió distinguir su rostro, pero estaba convencido de que se trataba de Janet Potts.

Despidió al taxi y penetró en el establecimiento.

No esperé más.

Salté del «Ferrari», cruzando la calzada con presuroso paso.

Al abrir la puerta de la tienda tropecé violentamente con la mujer que salía precipitada.

Sí.

Era Janet Potts.

Inconfundible.

Su poco agraciado rostro estaba mortalmente pálido. Temblaba de pies a cabeza.

La sujeté por los hombros.

—Un momento, Janet. ¿Por qué tanta prisa?

—¡Suélteme!... ¡Suélteme!

—Antes tenemos que...

Quedé con la boca entreabierta.

Comprendiendo la precipitación de Janet.

Un individuo de unos sesenta años yacía sobre el mostrador. Cosido a puñaladas. Tenía las manos atadas a la espalda, y una cinta adhesiva taponando su boca. Surcos sanguinolentos en el rostro. La oreja izquierda seccionada.

Había sido torturado.

Le remataron hundiendo el cuchillo en el pecho.

Una y otra vez.

Sádicamente.

Pasé el cerrojo a la puerta, empujando a Janet Potts hacia el interior.

—¿Quién era, Janet? ¿Marco Zavotta?... ¡Responde, maldita sea!

La mujer movió nerviosamente la cabeza.

De espaldas al cadáver.

—Sí... Yo no le maté..., yo no...

—Seguro, Janet. Tú acabas de llegar. ¿Dónde están las joyas de Shichadjis?

—¿Quién es usted?

—El que hace las preguntas.

—No..., no tengo las joyas...

Sonreí.

En una fría mueca, que hizo retroceder instintivamente a la muchacha.

—Escucha con atención, Janet. Robar es una cosa muy fea, pero se disculpa si la víctima es un fulano del calibre de Woody Ross. Lo triste es que el asunto se ha complicado con varios muertos. Dame las joyas y podrás tostarte tranquilamente en las playas italianas. En caso contrario, la policía te hará muchas preguntas... Apuesto a que ya te buscan por la muerte de Luigi Franciolini.

Janet comenzó a llorar.

Histérica.

Sus gritos iban *en crescendo*.

Lo solucioné atizándole un trallazo con la zurda.

La sonora bofetada sacudió la cabeza de Janet. Quedaron tres dedos marcados en su mejilla. Cesó de llorar, dirigiéndome una atemorizada mirada.

—Usted..., usted ha matado a Luigi y al señor Zavotta...

—No seas idiota, Janet. Mi nombre es Paul Wallach. Woody Ross me contrató para recuperar las joyas. No pienso denunciarte. Sólo quiero las joyas. ¿Dónde están?

—Se las entregué a Alberto.

—¿Quién?

—Alberto Franciolini... es el hermano de Luigi. Alberto es... mi prometido. Nos conocimos en mi anterior viaje a Italia. Luigi me lo presentó, en Milán. Simpatizamos. Alberto vive en Milán. Pasé con él unos días maravillosos. Hace unos meses visitó los Estados Unidos y fue a verme a Chicago. Fue Alberto quien me sugirió robar en el domicilio de los Ross, aprovechando mi condición de sirvienta. Rechacé su plan, y Alberto se enfadó conmigo, marchando sin siquiera despedirse. Quedé angustiada. Yo amo a Alberto. Con todas mis fuerzas.

»Hace unas semanas, estaba en el cuarto de baño privado de los Ross, ordenando el tocador. Entró el señor Ross. No se percató de mi presencia. Le vi quitar unas baldosas del suelo y manipular en una caja fuerte allí disimulada. Retuve en mi mente sus movimientos, grabando la combinación. Había decidido seguir los consejos de Alberto. Le envié una carta, informándole de mis proyectos».

—Le entusias mó, ¿verdad?

Mi ironía pasó desapercibida para Janet.

Prosiguió, con voz entrecortada:

—No había dinero en la caja fuerte. Sólo documentos y el estuche con las joyas. En Roma me esperaba Luigi. Esta mañana llegó Alberto procedente de Milán. Le entregué el estuche con las joyas y lo depositó en una de las cajas de seguridad de la Stazioni Termini. Sólo guardó en su poder uno de los pendientes. Al regresar al apartamento de Luigi nos encontramos con la zona acordonada por la policía. Los comentarios nos permitieron descubrir la muerte de Luigi. Alberto me llevó a casa de unos amigos mientras él se ponía en contacto con peristas.

—¿Dónde está ahora?

—Me espera en una cafetería próxima a la Stazione Termini. Marco Zavotta se quedó con el pendiente. Lo tasaría. Conocía la colección de Shichadjis. Si aceptaba el precio fijado por Alberto, yo le telefonaría a la cafetería y entonces acudiría con el resto de las joyas.

—Zavotta ya no podrá decir nada —comenté dirigiendo una mirada al ensangrentado cadáver—. ¿Quién más conoce el robo de las joyas?

—Sólo los Franciolini y yo.

—No, Janet. Los que mataron a Luigi, sí estaban al corriente. Registraron el apartamento en busca de esas joyas.

—Puede que sean hombres enviados por Woody Ross.

Pasé tras el mostrador.

Todo estaba en orden.

No me molesté en buscar el pendiente de la colección Shichadjis. El torturado cuerpo de Marco Zavotta indicaba bien claramente que lo había entregado a sus asesinos.

—Ahí tienes un teléfono, Janet. Llama a Alberto. Dile que venga con las joyas. Que Zavotta acepta el precio. Por cierto, ¿cuánto pedía?

—Doscientos mil dólares.

Sonreí.

—Tu enamorado Alberto es un estúpido. ¿A qué se dedica?

—Es fotógrafo. ¡Un gran artista! Con ese dinero piensa comprar unos estudios cinematográficos y dedicarse a...

—Deja de soñar y llama a tu Romeo.

Janet Potts obedeció, marcando un número en el dial.

Me aproximé para poder oír la conversación. Mi diestra atenazó el cuello de Janet. Muy significativamente. Con ello le recordaba lo que debía decir.

Sonó la señal de llamada.

A los pocos segundos una voz masculina:

—¿Sí?

—Quiero hablar con Alberto Franciolini —respondió Janet en un perfecto italiano.

—¡Ah...! Tú debes ser Janet, ¿verdad?

—En efecto.

Se escuchó una risa burlona.

—Alberto ya no está aquí, pero me dejó un encargo para ti. Textualmente dijo: «Vete al infierno, Janet».

Cortaron la comunicación al otro lado del hilo.

La mueca de estupor en el rostro de Janet era casi cómica. Parpadeando incapaz de reaccionar.

Yo sí lo hice.

Le arrebaté el auricular.

—¡En marcha, Janet! Llévame de inmediato junto a esos amigos de Alberto. Le encontraremos allí.

Abrí la puerta.

Arrastrando a Janet por el brazo cruzamos la calzada.

A tan sólo dos yardas de mí «Ferrari», quedamos súbitamente cegados por los faros de un auto.

Un vehículo que rugió sobre el asfalto, avanzando a gran velocidad hacia nosotros.

No había tiempo para buscar refugio en el interior del «Ferrari».

Ya asomaba el cañón de una ametralladora ligera por la ventanilla del auto.

Empujé violentamente a Janet arrojándola al suelo.

También yo busqué contacto con el asfalto.

Justo en el momento en que el crepitar de los disparos turbaba el silencio de la noche.

La ráfaga silbó sobre mi cabeza.

Me apoderé de la «Luger».

El vehículo, un «Lancia Beta», iba ocupado por dos individuos. No prosiguió la marcha. Al percatarse de que seguíamos con vida, realizó un brusco viraje.

Disparé un par de veces.

Sin éxito.

Fue entonces cuando descubrí cómo Janet Potts había gateado hasta introducirse en el «Ferrari» y, accionando las llaves de contacto, emprendía veloz carrera.

—¡Maldita furcia!... ¡Espérame!...

Me incorporé, pero de inmediato rectifiqué el grave error, arrojándome nuevamente de bruces sobre el asfalto.

El individuo de la ametralladora había disparado una segunda ráfaga que milagrosamente no me alcanzó.

Pegado al suelo, con el brazo derecho extendido y sujetando la

muñeca con la zurda, apreté el gatillo.

Una y otra vez.

Hasta vaciar el cargador.

Ahora sí le alcancé.

El individuo dio un respingo. Como si quisiera salir por la ventanilla. Su dedo índice, engarfiado en el gatillo de la ametralladora, comenzó a disparar. Con el cañón enfocando al interior del vehículo.

La explosión fue seguida de una gran llamarada que de inmediato envolvió todo el «Lancia Beta».

El descanso de la pacífica Via Goldoni era ahora reemplazado por el fuego y la muerte.

Y yo estaba en el centro de aquella violenta vorágine.

CAPÍTULO VIII

Suzanne me contempló con burlones ojos.

—No tienes muy buen aspecto, Paul.

No respondí.

Aún estaba jadeante.

Tomé la primera botella del mostrador-bar. Ginebra Sin molestarme en buscar vaso apliqué el gollete a los labios.

Un largo trago.

Suzanne, en el centro del salón, seguía mirándome con expresión risueña.

—No te esperaba, Paul. Habías quedado en telefonar, ¿no? Me disponía a salir y disfrutar de las alegres noches romanas.

—¡Alegres noches!...

—¿No lo son?

Me despojé de la chaqueta. La hombrera izquierda rota. El pantalón adornado con grasa y alquitrán.

Del arrugado paquete de tabaco conseguí sacar un cigarrillo intacto.

Exhalando una bocanada de humo me desplomé en el sofá.

Mis ojos se posaron en Suzanne.

Ciertamente parecía dispuesta a salir. Lucía un elegante vestido de *cocktail*, con el escote recogido por una cinta que se anudaba tras la nuca.

—Lamento no ser oportuno, Suzanne; pero me vi en dificultades. Otra vez la policía italiana. Entré por la primera boca del *subway* y decidí acudir aquí. Ésta es una zona con poca vida nocturna. Acudir a mi apartamento de Via Spinelli, en este lamentable estado, llamaría la atención.

Suzanne avanzó por el salón.

Con un leve ondular de caderas.

Se sentó a mi lado.

—Iba a acudir a una fiesta de sociedad. Algo aburrido.

—¿Alguna embajada?

La cantarina risa de Suzanne pareció reanimarme. Incluso al ver sus labios, húmedos y gordezuelos, abiertos en aquella carcajada, me entraron deseos de aplastarlos en voraz beso.

—No puedes olvidar mi vinculación a la CIA, ¿verdad? La Central Intelligence Agency derrocando gobiernos europeos, sudamericanos. Grave error, Paul. Mi trabajo se limita a destruir una siniestra organización de espionaje que opera en los Estados Unidos.

—¿Por qué no se ocupa de eso el FBI? La CIA está para misiones más... elevadas.

—Paso por alto tu sarcasmo, Paul. El espionaje, cuando está en peligro la seguridad del país, es asunto nuestro. La CIA cumple misiones que llenarían de orgullo a cualquier organización de inteligencia; pero lamentablemente, sólo se pregonan los trapos sucios.

—Desde que te conocí, la CIA cuenta con su más ferviente defensor.

—Gracias, querido. Y ahora, ya que he suspendido mi asistencia a la fiesta de sociedad, empieza a contar tu nueva aventura.

—Tienes aquí el auto, ¿no? Puedes ir a la fiesta. Me dejas cerca de Via Spinelli y procuraré...

—¡Oh, no!... Prefiero quedarme a oír tu historia. Apuesto que me divertiré más.

Era difícil reflejarse en los negros ojos de Suzanne.

Aquel color ágata resultaba profundo como un pozo.

Sus labios seguían sonrientes.

Inconscientemente provocadores.

La atrapé por los desnudos hombros atrayéndola contra mí. Besando ávidamente su boca. Apoderándome de aquellos carnosos labios.

—No lo dudes, nena... nos divertiremos...

Suzanne me rechazó.

Con una suavidad no carente de firmeza.

—Me refería a otro tipo de diversión, Paul. Tus hazañas me resultan graciosas.

—¿De veras? ¿Incluso aumentando el número de muertos?

—¿Otro, Paul?

—No. Tres.

No le oculté nada.

Desde mi deambular por la Piazza di Zolfo hasta la llegada a la tienda de antigüedades y el posterior enfrentamiento con los dos hombres del «Lancia Beta».

—Buena te la jugó Janet Potts.

—Sí, maldita sea. Se largó en mi auto dejándome a merced de aquellos individuos. ¡Y parecía una mosquita muerta!

—El amor transforma a las mujeres, Paul. Janet, por ese tal Alberto Franciolini, es capaz de cualquier cosa.

—Dudo que después de verse traicionada le siga reverenciando. Alberto se largó con las joyas. Lo único que realmente le importaba. Burlándose de Janet.

—Hay algo que no comprendo, Paul. Dices que Marco Zavotta se quedó con uno de los pendientes para examinarlo, ¿no?

—Correcto.

—¿Y Alberto lo da por perdido? ¡Una pieza que vale miles de dólares y que rompe la colección!

—Puede que se presente mañana a reclamarlo. Ignorando que Marco Zavotta está en el Más Allá.

Suzanne denegó con un movimiento de cabeza.

—Alberto no esperó a oír en boca de Janet si el perista aceptaba su precio. ¿Por qué?

—Encontró mejor comprador, Suzanne. Ésa es la respuesta. Mañana se llevará una desagradable sorpresa al ir a reclamar el pendiente.

—Empieza a interesarme este asunto de las joyas Shichadjis. Me disponía a regresar a los Estados Unidos dado que la misión que te encomendó Woody Ross no guarda relación con Scorpio; pero me quedaré unos días más. Tengo curiosidad en saber cómo termina todo esto.

—¿Has recibido ya información sobre Herbert Jones?

—¡Ah, sí! Casi lo había olvidado. Herbert Jones tenía antecedentes desde que empezó a tomar el biberón. Pasó temporadas en el penal de Attica, Auburn, Atlanta, Dannemora. Se puede decir que los conocía todos. Últimamente llevaba unos años de relativa tranquilidad merced a la protección de Warren Tripton.

—¿Quién es éste?

—El lugarteniente de Woody Ross. Su brazo derecho, Warren Tripton está el frente de la Company Ross de Nueva York.

Aquello me dejó perplejo.

—Woody Ross me aseguró que sólo su secretaria Curtis estaba al corriente de la desaparición de las joyas.

—Te mintió, Paul. Ha enviado a sus hombres aquí. Apuesto a que los dos individuos del «Lancia Beta» trabajaban también para Tripton.

—¿Por qué quiere liquidarme? Lo comprendería si las joyas estuvieran ya en mi poder. Así se ahorraría los veinticinco mil dólares prometidos. Y cerraría mi boca.

—Veinticinco mil dólares son miseria para Woody Ross.

—¡Entonces no entiendo nada!

Me recliné en el sofá.

Con una mueca de cansancio.

—Tranquilízate, Paul. Voy a ayudarte. Contarás con el apoyo de la todopoderosa CIA.

Las manos de Suzanne se posaron sobre mi pecho, en el sofá. Con la cabeza apoyada en uno de los cojines.

Fui arrastrando conmigo a Suzanne.

Abarcándola por la cintura.

Quedó sobre mí.

Percibía el calor de su cuerpo pegado al mío. Unimos nuestros labios. Largamente.

Mis manos fueron tras la nuca de Suzanne.

Suzanne se movió voluptuosamente.

Ni por un momento pasó por mi mente que estaba haciendo el amor con un agente de la CIA.

Hubiera roto el hechizo.

CAPÍTULO IX

Suzanne terminó la conversación depositando el teléfono sobre la mesa. Me arrebató una tostada que hizo crujir entre sus níveos dientes.

—¿Y bien? —pregunté impaciente.

—Tus palomos ya no están en Roma, Paul. Volaron hacia Milán. Alberto Franciolini salió ayer en un vuelo nocturno. Janet, en el primer avión de la mañana. Hace apenas un par de horas.

No pude evitar una mueca de perplejidad.

—¿Sin ningún contratiempo?

—Puede que la policía italiana aún no haya identificado a Janet Potts como la compañera de apartamento de Luigi. Tampoco a ti te buscan, pero pisan de cerca tus talones. Siguen investigando en el norteamericano que se presentó en la agencia de viajes.

—Maldita sea... Debo ir a Milán cuanto antes.

—Te acompañaré. En el aeropuerto ya nos espera un avión privado.

—¡Eres maravillosa! De no ser por ti estaría dando palos de ciego para localizar a Janet y Alberto.

—Mi servicio de información es muy bueno. También he ordenado que el «Ferrari», abandonado por Janet en el aeropuerto, sea devuelto al lugar donde lo alquilaste. Así te evitas más problemas.

Sacudí la cabeza con admiración.

—La CIA es como un gran pulpo. Sus tentáculos lo abarcan todo. ¿Cuántos agentes trabajan en el Vaticano?

Suzanne rió divertida.

—*Top Secret*. Bueno, Paul... ¿nos vamos?

—Voy a recoger a Kathryn y...

—No, querido —Suzanne me interrumpió con sensual sonrisa—. Es un avión de dos plazas. No hay lugar para más.

—¿Por qué ese interés en acompañarme, Suzanne? ¿Sólo curiosidad?

—En principio sí, pero ahora hay algo más. Me lo acaban de comunicar. Warren Tripton, el lugarteniente de Ross, está aquí. Llegó a Roma esta madrugada. Lamentablemente hemos perdido su pista, aunque el hecho de desplazarse a Italia es sorprendente para nosotros. ¿Qué lo ha motivado?

—Las joyas de Shichadjis.

—Eso es lo que quiero averiguar, Paul. Si está aquí para recuperar las joyas... o en misión de Scorpio.

—¿Cuál es el mejor hotel de Milán?

—El Fiorelli.

—Telefonaré a Kathryn para que se reúna allí conmigo. No puedo dejarla abandonada como un paraguas. Máxime cuando es ella la que corre con todos los gastos.

—Eres un buscavidas.

No respondí.

Marqué el número correspondiente al apartamento alquilado en Via Spinelli.

Suzanne abandonó el salón.

Aún mantenía la conversación con Kathryn Curtis cuando la bella agente de la CIA retornó al salón. Preparada ya para la marcha.

Colgué el micro.

—Pobre Kathryn. Estuvo muy preocupada por mí toda la noche.

—¿Preocupada... o desilusionada?

—Kathryn es una buena chica. Trabaja para Woody Ross, pero ignora las sucias actividades de su patrón. Se inquietó al no verme aparecer en toda la noche.

—¿No se ha enfadado por tu repentina marcha a Milán?

—En absoluto. Tratará de conseguir plaza en otros vuelos o en el de mañana. Kathryn está aquí como comparsa. Yo tomo las decisiones y ella se limita a obedecer.

Pasé al dormitorio para recoger mi «Luger» y la maltrecha chaqueta.

—No estoy muy presentable...

—En el aeropuerto puedes comprar ropa nueva, Paul.

Abandonamos el *bungalow*.

Minutos más tarde recorriamos las calles de Roma en el deportivo «Alfa Romeo».

Suzanne parecía conocer la ciudad como la palma de su mano.

—Fui seleccionada, precisamente, por mis conocimientos de Italia. Pasé aquí muchos años. Mi padre trabajó en la embajada norteamericana.

—¿Cómo diablos se te ocurrió ingresar en la CIA?

—Puede que por tradición. Mi padre fue colaborador de la CIA. Yo decidí formar parte más activamente.

Con intrascendente conversación recorrimos la distancia que separa Roma del aeropuerto.

Allí conseguí nueva ropa.

En efecto estaba ya todo preparado. Un avión nos esperaba para trasladarnos a Milán.

A la hora del almuerzo tomábamos tierra en el aeropuerto Forlanini.

De nuevo quedé asombrado de la eficacia de Suzanne. En uno de los *parkings*, un individuo entregó a Suzanne las llaves de un «Alfa Romeo». Cruzaron unas palabras antes de despedirse.

—¿Agente de la CIA?

—Sí, Paul.

—Hablaba en italiano.

—Es italiano —sonrió Suzanne acomodándose frente al volante—. Disponemos de cientos de agentes por toda Italia. Sin contar a los colaboradores esporádicos.

—¿Qué te ha dicho?

—Ordené que esperaran la llegada de Janet Potts. La siguieron. Fue directamente al apartamento de Alberto Franciolini. Un ático en Via Mocenigo. ¿Vamos allí?

—¡Seguro!

Suzanne maniobró saliendo del *parking*.

El aeropuerto distaba unos seis kilómetros de Milán.

Encendí un cigarrillo que, tras succionar, pasé a los gordezuelos labios de Suzanne. Tomé otro para mí.

—Apuesto que Alberto no la recibió bien. Janet es una mujer poco agraciada físicamente. Alberto la engatusó el año pasado. Sin duda, la confundió con una norteamericana forrada de dólares. Luego, al descubrir que era sirvienta de Woody Ross, la indujo a

robar. Ella cedió creyendo así ganar el amor de Alberto.

—Pero Alberto prefiere compartir el botín con mujeres más seductoras.

—Sí. Compadezco a Janet.

Suzanne rió burlonamente.

—¿Ya has olvidado que te dejó a merced de aquellos individuos?

—Estaba aterrorizada. Imagino a Janet en Chicago. Sola en una ciudad de más de siete millones de habitantes. Sirviendo a los Ross. Contemplando las joyas que lucía la señora Ross. Con dinero no habría soledad. No más días escribiendo poesías y escuchando música. Yo sé lo que significa estar solo. Apartado como un leproso. No resulta agradable, Suzanne.

—Janet no ha adelantado gran cosa con su acción. Quiso comprar el amor de Alberto con las joyas. Ahora se ve despreciada y su sufrimiento será mayor. También pagará por el robo cometido.

—No habrá acusación. Al menos por parte de Woody Ross.

Suzanne entornó los ojos.

Dirigiéndome una inquisitiva mirada.

—¿No piensa denunciarla?

—No quiere publicidad para las joyas de Shichadjis.

La agente de la CIA guardó silencio.

Parecía centrar su atención en el intenso tránsito. Ya circulábamos por las calles de Milán. Por la Via Corsica. Hacia el centro urbano. Se puede decir que atravesamos la ciudad de extremo a extremo. Via Mocenigo estaba próxima al Stadio di San Siro.

Suzanne detuvo el auto.

—A estas horas no encontraremos ahí a Alberto, tiene un pequeño establecimiento fotográfico en Via Felice; Tres bocacalles más abajo.

—¿Con medio millón de dólares en joyas, estarías tú trabajando?

Suzanne rió en alegre carcajada.

—Tienes razón...

Descendimos del auto.

El edificio sí disponía de ascensor.

Pulsamos el último botón de la cabina.

Al salir del elevador comprobamos que aún quedaba un tramo de escalera para alcanzar el ático vivienda de Alberto Franciolini.

Suzanne accionó el llamador.

Un estridente timbre.

Me disponía a repetir yo la llamada, pero la agente de la CIA me interrumpió con un ademán.

Abrió su bolso rebuscando en el interior. Extrajo un pequeño aparato metálico que acopló a la cerradura. Tras manipular unos segundos quedó abierta la puerta.

—Violación de domicilio, Suzanne. Contrario a la Cuarta Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos.

—¿Olvidas que estamos en Italia, querido?

Intercambiamos una sonrisa.

Me adentré en primer lugar.

Una puerta corredera mostraba el salón. La claridad del día iluminaba la estancia.

Sobre el
sofá-cama.

Allí estaba Janet Potts.

De bruces. El vestido desgarrado hasta la cintura. La espalda cubierta de sanguinolentos surcos, heridas y hematomas. A sus pies un ancho cinturón. Con la hebilla ensangrentada.

Corrí hacia Janet.

Al igual que Suzanne.

Cuidadosamente le dimos la vuelta.

—Dios... Es horrible —murmuró Suzanne—. ¿Está...?

—Aún vive.

—Voy a pedir una ambulancia.

Suzanne fue hacia el teléfono situado sobre uno de los muebles del salón.

Quedé contemplando el rostro de Janet.

Tumefacto. Las cejas rotas. El ojo izquierdo amoratado. Los pómulos hinchados. Los labios sangrantes.

La hebilla del cinturón también había dejado huellas en el pecho de Janet.

—Sádicamente.

Con crueldad.

Lentamente, abandoné el salón, mientras Suzanne solicitaba telefónicamente una ambulancia.

Descendí en el elevador.

Via Felice.

Tres bocacalles más abajo...

Encomendé a Satanás el encontrar allí a Alberto Franciolini. Prometiéndole el envío inmediato de un condenado más para su Averno.

El taller fotográfico estaba emplazado en una planta baja.

El empujar la puerta de entrada hizo funcionar una campanilla de aviso. No había nadie tras el pequeño mostrador. Varias fotografías, en color y blanco y negro, adornaban las paredes.

Se abrió una puerta situada paralelamente al mostrador.

Apareció un individuo.

De unos treinta años de edad. Cabello rubio y ojos azules. Rostro aniñado. De un atractivo que resultaba repelente. Vestía una ceñida camiseta y pantalones tejanos.

Sí.

Todo un *gigoló*.

Aunque adivinando la respuesta, pregunté:

—¿Alberto Franciolini?

—Sí.

A grandes zancadas pasé tras el mostrador propinando un violento empujón al sorprendido Alberto Franciolini.

Tropezó contra la puerta.

Un segundo empujón le hizo pasar a la trastienda.

Era una pequeña habitación. Con reducido mobiliario. Más bien nulo. Se limitaba a un archivador y dos sillas. En el suelo una gran alfombra roja. Dos focos iluminados. Una cámara fotográfica con trípode.

Y sobre la alfombra roja, una mujer.

Desnuda.

—Lárgate, nena —ordené en italiano.

—¡Oiga!, ¿qué significa...?

Alberto Franciolini avanzó furioso hacia mí.

Lo estaba deseando.

Le solté un trallazo con la zurda proyectándole contra el archivador.

Aquello hizo reaccionar a la perpleja mujer. Se incorporó con rapidez retirando las ropas amontonadas en una de las sillas. A

medio vestir abandonó la estancia.

Se había abierto uno de los cajones del archivador.

Las fotografías allí almacenadas catalogaban la calidad artística de Alberto Franciolini. Mujeres desnudas en lascivas posturas y otras lindezas por el estilo.

—El gran Alberto... ¡Sucio bastardo!

El insulto en inglés fue perfectamente captado por Franciolini.

Me contestó en el mismo idioma.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—¡Las joyas de Shichadjis!

—¿Las joyas...?

—Las joyas que robó Janet Potts.

—¡Ahí las tiene, maldita sea! —Franciolini señaló hacia un rincón de la estancia.

En efecto.

Allí estaban.

En una caja de cartón.

La diadema, el collar, el pendiente...

—¿Dónde está el otro pendiente, Alberto?

—Se lo entregué a un perista de Roma. Un tal Marco Zavotta.

—Zavotta está muerto.

Franciolini parpadeó.

Estupefacto.

—¿Muerto?

—Sí, Alberto. ¿No intentaste recuperar el pendiente? —No.

—¿Por qué ese lujo? El pendiente vale miles de dólares.

—¡Miles de dólares! —Franciolini rió despectivo—. ¡Todas las joyas juntas no alcanzan los mil dólares! ¡Son bisutería! ¡Basura!

CAPÍTULO X

A simple vista aquellas joyas me parecían buenas, aunque debo reconocer que no soy un experto. Necesitaría instrumentos adecuados para examinarlas detenidamente y dar un veredicto.

—Una habitación... Eso son —continuaba Alberto Franciolini vociferante—. ¡Una perfecta imitación!

—No trates de engañarme, Alberto.

—¿Engañarle? Ignoro quién es usted, pero puede quedarse con esas joyas. ¡No las quiero ver más! Pensaba utilizarlas para adornar a mis modelos.

Lentamente repartí las joyas por los bolsillos.

Sin dejar de mirar a Franciolini.

—Por estas joyas han muerto varias personas, Alberto. Entre ellas tu hermano Luigi.

—Luigi traficaba en drogas. En más de una ocasión engañó a sus proveedores. Le advertí que era peligroso, pero no me hizo caso.

—¿Qué me dices de Marco Zavotta?

—¿Zavotta? Ese viejo usurero tenía una legión de enemigos. Cualquiera de ellos pudo liquidarle. Su muerte es lógica y ajena a unas falsas joyas.

—¿Le entregaste uno de los pendientes?

—Sí. Luego fui a visitar a otros peristas. Quería venderlas al mejor postor. El primero en hacerme una oferta me daba quinientos dólares. Me dijo que eran falsas. Una buena imitación de las joyas de Shichadjis. Una famosa colección en poder de una aristocrática familia inglesa. Fui a otros peristas. Todos iguales. Las joyas eran falsas.

—¿Qué te dijo Zavotta?

Franciolini rió agriamente.

—Quedé con Janet en reunirme en la tienda de Zavotta o que me telefonara a determinada cafetería de Stazione Termini.

Después de descubrir la falsedad de las joyas, por supuesto, no esperé la llamada de Janet. También Zavotta descubriría que se trataba de una imitación. Me largué de Roma. De seguir allí hubiera matado a Janet. La muy... Se burló de mí. Quería engatusarme con un montón de vidrios. Y aún tiene la osadía de presentarse hoy en mi casa. Lloriqueando por haberla abandonado. No pude contenerme y le propiné una buena paliza. Cualquiera hubiera hecho lo mismo... ¿Conoce a Janet? ¡Es repulsiva! Sus palabras de amor remueven el estómago.

—Eres un bastardo, Alberto. Un perfecto hijo de perra.

—¿Qué le ocurre, amigo? Está molesto, ¿eh? Quería las joyas. Ya las tiene. ¡Ahora déjeme en paz!

—Estoy pensando... Sí, es posible. Tú has hecho el duplicado de las joyas. Te desembarazabas de Janet y tratabas de engañar a los que vamos tras las joyas de Shichadjis. Las verdaderas joyas siguen en el estuche.

Franciolini volvió a reír.

Desagradablemente.

—¡El estuche!... Eso fue lo único de calidad. El estuche quedó en Roma. Uno de los peristas, un tal Cario Tasso, dijo que el estuche era bueno. Que tenía algún valor. Me soltó setecientas mil liras por él.

Entorné los ojos.

Confuso.

Todo aquello me resultaba incomprensible.

—¿Eres policía? —interrogó Franciolini.

—No.

—Magnífico. Entonces no te irás de vacío. ¡Ahora conocerás a Alberto Franciolini!

Una navaja de resorte apareció en la diestra de Franciolini.

Sonreí.

Complacido de que Franciolini tomara la iniciativa.

La hoja de acero dibujó un rápido semicírculo. Buscando mi rostro. Esquivé con facilidad. Al mismo tiempo que alzaba el pie izquierdo. Proyectándolo con violencia hacia los testículos de Franciolini.

El brutal impacto inmovilizó a Alberto Franciolini. Sus facciones se tornaron cadavéricas. Abrió desmesuradamente la boca en busca

de aire. Soltó la navaja para llevarse ambas manos al bajo vientre. Lentamente se dobló.

Aquello me permitió aplicarle un perfecto golpe de rodilla.

Se escuchó un siniestro chasquido de huesos.

La cabeza de Franciolini se alzó con violencia mostrando su rota y ensangrentada nariz. De los también sangrantes labios escupió un par de dientes.

No llegó a caer.

Le sujeté por las solapas.

Como un pelele.

Mi puño derecho, con el pulgar extendido, fue en busca del ojo izquierdo de Franciolini. El trallazo proyectó al individuo contra la pared. Rebotó desplomándose de bruces.

Con la puntera de mis elegantes zapatos de artesanía, me dediqué a repasarle el rostro.

—¡Ya basta, Paul! ¡Basta!

No me había percatado de la llegada de Suzanne.

La joven me zarandeaba.

—Sí... tienes razón. Ya es suficiente —murmuré contemplando al desvanecido Franciolini—. Ni con cirugía estética volverá a conquistar a ninguna otra mujer.

Afortunadamente conseguí comunicar telefónicamente con Kathryn Curtis. Antes de que saliera para Milán. Tenía ya pasaje, pero al informarle de que regresaba de inmediato hacia Roma canceló el proyectado vuelo.

Sí.

La visita a Milán había sido muy fugaz.

Me encontraba en el restaurante del aeropuerto. Frente a un *whisky* doble. El segundo.

En espera de Suzanne.

La muchacha se demoraba ya más de treinta minutos.

Apareció cuando anunciaban por los altavoces la salida del vuelo regular Milán-Roma.

—¿Vamos a tomar ese avión, Suzanne?

—No. Regresamos en un vuelo privado. Dentro de quince minutos.

El ensombrecido rostro de la muchacha me hizo sospechar que

algo funcionaba mal.

No formulé ninguna pregunta.

Suzanne bebió un *brandy*.

Tal como esperaba, empezó a hablar:

—Vengo del hospital, Paul. Con malas noticias. Janet Potts ha muerto. Víctima de la brutal paliza propinada por Franciolini. Pobre Janet... Crucé unas palabras con ella. Preguntaba por Alberto. Quería verle. Tenerle a su lado.

—Deliraba.

Suzanne movió lentamente la cabeza.

—No, Paul. Seguía amándole. Sabía que iba a morir. Lo presentía. Y se mostraba feliz. Feliz de morir en Italia. Ésas fueron sus palabras.

Vacíé el vaso.

De un solo trago.

—¿Qué hay de Alberto Franciolini?

—Detenido por la policía. También él recibió asistencia médica. Es un hombre astuto... o enemigo de complicaciones. Ha declarado que le golpeó un individuo que intentó robar en su establecimiento. De las joyas no ha dicho una sola palabra. Sin duda, considera que ya tiene bastante con la acusación de homicidio para involucrarse en complicidad de robo.

—Janet, Luigi, Zavotta... Demasiadas muertes por la posesión de unas joyas falsas.

—¿Quieres mi opinión, Paul?

—Seguro. Estoy en un laberinto.

—Creo que Luigi hizo la jugada. Antes de que llegara su hermano Alberto, y sin que Janet se percatara, hizo el cambiazó. Cuando se descubriera el pastel, las culpas recaerían sobre Janet.

—No está mal. Yo tengo otras hipótesis, aunque cualquiera de ellas me aparta de los veinticinco mil dólares prometidos por Woody Ross. Sólo puedo entregarle el estuche. Siempre que ese Cario Tasso no lo haya vendido ya.

—¿Quieres que me encargue de su recuperación, Paul?

—Sí... Llegaremos a Roma al anochecer, y estoy cansado. Puede que mañana mismo decida el retorno a Chicago. Italia es un país maravilloso, pero no para morir en él.

CAPÍTULO XI

Las joyas estaban sobre la circular mesa del salón.

—Una imitación...

—Sí, Kathryn. Un perfecto duplicado... en bisutería.

—¿Qué ha sido de las verdaderas joyas de Shichadjis? ¿Quién las tiene?

De un manotazo aparté las joyas, para poder colocar los pies sobre la mesa. Me recliné en el sofá, ahogando un bostezo.

—Dame un cigarrillo, Kathryn. En el bolsillo de la chaqueta.

La joven rebuscó en la chaqueta depositada sobre la silla.

Acudió con la cajetilla de tabaco y el encendedor.

—¿No me respondes, Paul?

Esboqué una sonrisa.

—No sé qué contestarte, Kathryn. Estoy confuso... Aturdido... y muy cansado.

Kathryn me reclinó sobre ella.

Procedió a darme un masaje en las sienes.

Con suavidad.

—Relájate, Paul...

—No es fatiga física. Mi abatimiento se debe al fracaso. Igual me ocurría en el Departamento de Homicidios. Si un caso escapaba de mis manos, si veía la libertad de un culpable por falta de pruebas, me irritaba hasta la desesperación. Ahora me entristece la muerte de Janet Potts. No he llevado bien el caso.

—No te atormentes, Paul.

Kathryn deslizó las manos por mi pecho.

Acariciadoras.

Al tropezar con la «Luger», me despojó de la funda sobaquera, arrojando el arma al otro lado del sofá.

—¿Qué piensas hacer, Paul?

—Janet y Luigi Franciolini han muerto. Alberto, detenido. Con

ellos se cierra toda pista hacia las joyas de Shichadjis. Regresaremos a Chicago. Mañana mismo, si es posible. Puedes informar a Woody Ross de mi fracaso.

—¿Dónde está el estuche?

—¡Ah, sí, el estuche! —Mi carcajada fue sarcástica—. Ross tendrá que conformarse con un estuche vacío. Alberto lo vendió a un tal Carlo Tasso. Un perista de Roma. Mañana lo recuperaré.

Me incorporé.

—Paul...

La sensual voz de Kathryn me hizo comprender que trataba de consolarme. De que, con sus caricias, procuraba hacer olvidar mi fracaso.

Sí.

Tal vez fuera un buen método.

—Voy a ducharme, Kathryn. Espérame.

Salí del salón, avanzando por el corredor.

Al abrir la puerta del dormitorio y accionar el interruptor de la luz, casi tropiezo con un descomunal baúl.

—¡Eh, Kathryn!... ¿Para qué quieres un baúl? ¿Tanto ha aumentado tu equipaje?

No respondió Kathryn.

La voz sonó a mi espalda:

—El baúl es para ti, Wallach. Puedes considerarlo como tu ataúd.

Giré lentamente.

Tras la puerta del dormitorio, había surgido un individuo.

En su diestra, una automática «Magnum».

El negro cañón del arma, apuntando a mi cabeza.

Otro individuo salió del cuarto de baño. También su mano derecha empuñaba una pistola.

—¿Qué significa...?

No concluí la frase.

La aparición de Kathryn, jugueteando con mí «Luger», me hizo comprender muchas cosas.

En primer lugar, mi elevado grado de estupidez.

—¿Sorprendido, querido?

—No del todo, Kathryn. Uno de estos caballeros debe ser Warren Tripton, ¿no?

—En efecto —dijo el individuo de la «Magnum»—. Yo soy Tripton. ¿Sabes ya dónde está el estuche, Kathryn?

—Lo tiene un perista romano llamado Cario Tasso.

Warren Tripton hizo una seña al otro individuo.

—En marcha, Reisner. Localízale y recupera el estuche. No te demores. Esta misma noche tenemos que trasladar... el baúl.

El llamado Reisner abandonó el apartamento.

—Las joyas están en vuestro poder. Las verdaderas. Ahora, con el estuche, de nuevo la colección Shichadjis al completo.

Kathryn rió divertida.

Su carcajada fue coreada por Warren Tripton. Un individuo de alta estatura. Atractivo. De unos treinta y cinco años de edad.

—Eres un pobre diablo, Wallach. Ponle al corriente, Kathryn. Sería cruel enviarle al Más Allá desconociendo todo el asunto.

Kathryn, sin dejar de reír, se sentó en el lecho, cruzando las piernas. La falda mostró hasta el final de las finas medias. Protegiendo aquellos esbeltos muslos.

El espectáculo no me impresionó.

Bastante tenía con la «Magnum» enfocando mi cabeza.

—Las joyas de Shichadjis ya no existen —dijo Kathryn, alisando una de las medias—. Fueron desmontadas y troceadas hace ya más de cuatro años. Al poco de mi ingreso en la Ross Company. Me destinaron al departamento de contabilidad. Woody Ross se fijó en mí, y cierto día me hizo ir a su casa. Estábamos solos en el *bungalow*. Allí me ultrajó.

—Pobrecita...

No esperaba la reacción de Tripton.

Castigó mi comentario proyectando el cañón de la «Magnum» hacía mi rostro. Instintivamente retrocedí, pero sin evitar que el punto de mira trazara un surco sanguinolento en mi mejilla.

—Sigue, Kathryn. Apuesto a que Wallach no volverá a interrumpirte.

La joven sonrió.

—Fui violada, Paul. Aunque te resulte difícil creerlo. Hace cinco años yo era una ingenua. El bastardo de Ross me hizo abrir los ojos. Preparó en mi honor una verdadera orgía. Es un degenerado. Estaba drogado. Al descubrirle que yo jamás había tomado drogas, rió como un poseso. Con torpes manos fue hacia unas baldosas del

suelo y abrió su caja fuerte secreta. Allí guardaba droga. Trató de inyectarme, pero estaba tan drogado que se derrumbó como un saco de patatas. Fui entonces hacia la caja. No había dinero. Sólo documentos privados y el estuche con las joyas de Shichadjis. Unas joyas que cegaron mis ojos. Juré resarcirme de las humillaciones padecidas aquella noche.

Empezaba a comprender.

Aunque ya demasiado tarde.

—Al día siguiente, Ross me hizo llamar a su despacho —dijo Kathryn, componiendo la otra media—. Su mente no recordaba bien lo ocurrido. Era consciente de haber manipulado en su caja fuerte secreta y quiso sonsacarme lo que sabía. Respondí con evasivas. Afirmé que la droga me había adormecido, simulando haber disfrutado mucho. Woody Ross no quedó muy convencido. Me sometió a una estrecha vigilancia. Incluso, para mejor controlarme, me hizo una de sus secretarías particulares.

—Yo fui uno de los encargados de vigilarte, ¿recuerdas? —sonrió Tripton—. Por aquel entonces era un vulgar ejecutivo. Me enamoré de ti.

—Y yo correspondí a ese amor. Incluso confié en ti, revelándote la existencia de la caja fuerte. Las joyas de Shichadjis. Así figuraba en el estuche. Con letras de oro en el escudo. Un joyero hizo el duplicado. Una imitación perfecta. En una de las invitaciones de Ross, aprovechando su «viaje», hice el cambio. El estuche era imposible de falsificar, pero a nosotros nos importaban las joyas. En la Bolsa del Diamante de Nueva York encontramos un buen comprador. Jamás se descubriría la suplantación de joyas. Woody Ross nunca las exhibe. Se limita a contemplarlas.

—¿Sin descubrir que son falsas?

—No, Paul. La imitación fue perfecta. Sólo un experto lo descubriría. Durante este tiempo, Warren y yo hemos disfrutado del dinero de la venta. Sin temor a ser descubiertos... hasta que se produjo el robo de Janet Potts. Cuando intentara vender las joyas se descubriría que son falsas. Llegaría a conocimiento de Woody Ross y...

—Y entonces recordaría cierta noche con Kathryn Curtis.

La muchacha asintió con una sonrisa.

—Correcto, Paul. Ése fue nuestro temor. Últimamente me había

ganado la confianza de Ross. Al descubrir el robo de Janet, tal era su irritación que me habló de las joyas de Shichadjis. Dijo que iba a contratar a un detective privado. Aquello me pareció perfecto. Era más sencillo controlar a un solo hombre que a los elementos que colaboran con Ross. Le sugerí que podía acompañar al detective y...

—El resto ya lo conozco. Te resultó muy sencillo, Kathryn. Fue como jugar al gato y al ratón. Te hablé de ir a interrogar a Luigi Franciolini. Y minutos antes de mi llegada ya estaba muerto.

—Cuatro de mis hombres de confianza se desplazaron a Italia —intervino Tripton— para cumplir órdenes de Kathryn. Liquidaron a Luigi, pero también ellos pagaron con la vida. Resultaste un tipo peligroso, Wallach. De ahí que decidiera acudir personalmente, acompañado de uno de mis mejores muchachos. Quiero a Kathryn, y debo protegerla de las iras de Woody Ross. Si descubre que Kathryn y yo... Woody es temible. No habría lugar en la Tierra seguro para nosotros. Janet, Luigi, Zavotta..., todos tenían que morir. Todos los que descubrieron la falsedad de las joyas robadas por Janet Potts.

Kathryn tomó nuevamente la palabra:

—Estar a tu lado simplificó nuestro plan, Paul. Conocía de antemano tus proyectos. Envié dos hombres a visitar a Luigi. Tú estabas en lo cierto. Janet entabló amistad con los Franciolini en su anterior desplazamiento a Italia. Estaba en contacto con ellos y, juntos, planearon el robo. También tú localizaste al perista. Vi, cómo Lando Capriolli telefoneaba desde el club Gicca. Yo salí para comunicarme con los hombres de Tripton. El número de teléfono correspondía a una tienda de antigüedades propiedad de Marco Zavotta. Le hicieron hablar. Entregó el pendiente, y dijo esperar la visita de Janet Potts.

—Y yo llegué con ella.

—Sí, ¡maldita sea! —exclamó Warren Tripton—. Dos muertos más.

—Pronto serán vengados, Warren —aseguró Kathryn, acariciando significativamente la «Luger»—. Tu llamada anunciando la salida hacia Milán nos desconcertó, Paul. ¿Qué había ocurrido? Aún no habíamos reaccionado cuando, nuevamente, te comunicas conmigo. Ahora con buenas noticias: en tu poder las joyas falsas, Janet Potts muerta, ese tal Alberto Franciolini en silencio

voluntario... Sí, todo solucionado favorablemente. Cuando Reisner regrese con el estuche habrá silenciado también a Cario Tasso. Ningún rastro para Woody Ross.

—¿Qué piensas decirle de mí?

—¿Aún no lo has comprendido, Paul? Tú te largas con las joyas. Eso le diré a Ross. Que el honrado Paul Wallach escapó con las joyas de Shichadjis. Te hará perseguir, Paul. Ross es de los que no perdonan jamás. Ordenará cazarte, vivo o muerto; pero nunca te encontrará. Te vamos a enterrar en un lugar muy profundo del que jamás...

Sonó el llamador de entrada al apartamento.

Tripton y Kathryn intercambiaron una mirada.

—Debe ser Reisner...

—¿No es demasiado pronto?

—Iré a echar un vistazo —decidió Kathryn.

La muchacha avanzó hacia el *living*.

Hizo correr la mirilla de la puerta, descubriendo el rostro de Reisner. Aquello la decidió a abrir la hoja de madera.

Y Reisner, con las manos a la espalda, y esposadas, fue proyectado violentamente contra Kathryn.

Tras Reisner apareció Suzanne Stanton, con un revólver del treinta y ocho en la diestra.

Encañonando a la perpleja Kathryn.

—¡Paul!... ¿Dónde estás?

El grito de la bella agente de la CIA fue audible en el dormitorio. Hizo ladear la cabeza de Warren Tripton.

Era la oportunidad que estaba esperando.

Me precipité sobre el lecho, apoderándome de la «Luger».

Disparé al unísono con Tripton, pero sólo mi bala resultó certera.

Entre ceja y ceja.

Ésa es mi costumbre.

EPÍLOGO

En las noches de Chicago, mi apartamento resulta extremadamente húmedo. Quizá por su proximidad al Michigan Lake.

Desconecto el televisor.

Aquello ya es demasiado. Radio, Prensa, televisión... Todos los medios de comunicación alabando el resonante triunfo de la Central Intelligence Agency. La destrucción de Scorpio, la más importante red de espionaje; el derrumbamiento del imperio de Woody Ross y de otros peces gordos.

Cuatro días enjabonando a la CIA.

Y ni una sola línea para Paul Wallach.

De todo aquel maldito asunto, sólo había sacado un viaje a Italia y unos miles de dólares. Los sobrantes de la cantidad que me entregó Woody Ross. Mal negocio hizo.

Me disponía a tumbarme en el sofá, y continuar saboreando mi cerveza con ginebra, pero el timbre de la puerta me desvió hacia el *living*.

Abrí la puerta.

—Hola, Paul.

Suzanne.

Encantadora.

Como una diosa...

—Hola, Suzanne. ¿Qué haces aquí? ¿No tenías cita con el Presidente?

La joven se adentró en el apartamento.

Pasamos al salón-comedor-trastero.

—Olvida tus sarcasmos, Paul. En estos cuatro días he estado muy ocupada. No me ha sido posible acudir antes a darte las gracias.

—Soy yo el que debo estarte agradecido, Suzanne. Solucionaste

mis problemas con la policía italiana y...

Suzanne me interrumpió con un beso.

—Eres adorable, Paul. No puedo hacer declaraciones a la Prensa. Nos lo tienen prohibido, pero he informado ampliamente a mis superiores de que, gracias a ti, hemos desarticulado a Scorpio.

Sonreí, dejándome caer en el sofá.

—Yo jamás hubiera descubierto ese doble fondo en el estuche, Suzanne. Esos microfilmes, delatando las actividades de Scorpio, los nombres de sus dirigentes, los enlaces..., todo lo relacionado con la organización. Hubiera pasado desapercibido para mí. Tú lo has descubierto.

—Fue una corazonada. Woody Ross tiene varias colecciones de joyas. ¿Por qué guardaba las de Shichadjis en la caja fuerte secreta? ¿Por qué ese interés en recuperar el estuche?

—¿Por qué contratar a un vulgar detective sin licencia?

Suzanne sonrió.

—Sí... Eso también me hizo sospechar. Woody Ross no quería que su imprudencia trascendiera a los demás jefes de Scorpio. Le castigarían con la muerte. Estamos haciendo un buen trabajo.

—Acabo de verlo por televisión. No se menciona a Kathryn Curtis.

—Ella ignoraba, en verdad, las actividades de espionaje de Ross y Tripton. Este último también desconocía la existencia de los microfilmes en el estuche. Desde el infierno se estará maldiciendo a sí mismo. Kathryn será acusada de complicidad en la muerte de Luigi Franciolini, Marco Zavotta... Afortunadamente, llegué a tiempo de salvar a Cario Tasso. Ese Reisner iba dispuesta a...

—También salvaste mi vida.

—Espero tu recompensa, Paul.

Me echó los brazos al cuello.

Nos reclinamos en el sofá.

—Paul...

—¿Sí?

—Van a devolverte la licencia.

—¿De veras?

—¿No me has oído, Paul? ¡Es cierto! Mis superiores han prometido revisar tu caso y...

Me apoderé de los gordezuelos labios de Suzanne.

Besándolos ávidamente.

Mis manos, bajo la blusa, acariciaron la espalda de Suzanne.

Toda mi atención centrada en el escultural cuerpo de Suzanne.

Sus anteriores palabras...

No.

No me impresionó la posibilidad de que no fuera devuelta la licencia. Estaba seguro de que me sería retirada a los pocos meses.

Hay individuos que jamás escarmientan.

Yo soy uno de ellos.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

NOTAS

[1] Pistolero de la escolta de un jefe. < <

[2] Miembros de la Mafia residentes en los Estados Unidos, pero de origen siciliano. < <